



De Marchi

SANTA RITA



De Muchi

SANTA RITA

Si no contemplamos con los ojos de la fe los acontecimientos de este mundo, ellos nos parecerán un nudo inextricable; los misteriosos caminos de la Providencia nos parecerán paradojas y contradicciones y correremos el peligro de perder no solo la paz del corazón sino también la fe, el más grande, el necesario de los tesoros dados a nosotros por Dios, como que es la raíz de nuestra santificación.

Esto nos enseña con su vida Santa Rita.

Lee estas páginas si el tiempo te lo permite y te convencerás de que todos los caminos conducen a la santidad.

Mons. Luis de Marchi

Santa Rita de Cascia

Traducción de León Kopp

PUEDE IMPRIMIRSE

Antonio Muñoz

SECRETARIO - CANCELLER

BUENOS AIRES Mayo de 1954

PROLOGO

La historia de Santa Rita se nos presenta bastante enredada, pues ninguno de los contemporáneos esforzóse en proporcionarnos datos ciertos acerca del año preciso de su nacimiento y de su muerte, como tampoco en consignar los principales acontecimientos que la pudieran ilustrar. En aquellos tiempos no existían, o al menos exactos y completos como hoy, los registros eclesiásticos y civiles y Rita, nacida, como veremos, en una insignificante aldehuela perdida entre la cresta de los Apeninos, pasó inadvertida hasta que fué voluntad de Dios glorificarla también en la tierra con señalados favores.

Ni siquiera el día y el año preciso de su muerte fué anotado por sus contemporáneos; o si así se hizo, las crónicas fueron destruidas por el terremoto que estragó o arrasó la ciudad de Cascia. Y aunque la historia, sin el auxilio de la cronología, es como persona desprovista de ojos, señalaremos que en 1457 Rita había muerto. Esta fecha se halla registrada

bajo un epígrafe que citaremos más adelante. En lo que respecta a las demás fechas, siempre aproximadas, no obstante el elogio que nos merece la labor de Vannutelli, que con mucha diligencia y mayor estudio buscó precisarlas, pensamos basarnos, de acuerdo con De Romanis y el actualísimo Nediani, en los estudios asaz diligentes de los Bolandistas. Por lo demás, puesto que las fechas no son exactas, importa ya contar con sucesos hermosos y dignos de ser narrados: hechos probados, documentados y resistentes a la crítica; asuntos que sirvan de edificación y ejemplo a las almas ávidas de virtud y deseos de retemplar el carácter cristiano con los refulgentes ejemplos de esta heroína, que es una de las gemas más puras de la Iglesia Católica.

Si la cronología procede un poco por aproximación, esto es, sin la exactitud deseable, los acontecimientos que narramos —aun los más singulares y característicos— han sido histórica y jurídicamente demostrados: y Dios quiso dejarnos un documento incontrovertible en la prodigiosa conservación de sus restos mortales y en los milagros que se suceden a través de los siglos.

Los lectores no han de maravillarse por eso: la vida de un Santo es un milagro por sí solo, esto es, algo que sale de lo común, que supera las potencias naturales y, por consiguiente, el sello que Dios pone y el signo exterior del místico proceso, humanamente incontrolable, que Él promueve en lo profundo de los corazones.

Es verdad que la Iglesia no tiene necesidad de nuevos milagros —después de los del Evangelio— para probar su origen divino; pero los precisa, sin embargo para probar que conserva inalterado el fondo de verdad consignado por el divino Fundador; para certificar que no está privada, como las falsas religiones y las Iglesias cristianas separadas, de aquella linfa divina que es la gracia y la virtud de Dios, y que subsiste, desafiando la mudanza de los siglos, no como cosa momificada o petrificada sino como fuerza viva, operante; como añosa planta que tiene sus raíces en el cielo produciendo en este mundo flores y frutos selectos de bendiciones. Por lo demás, la Iglesia no pretende en modo alguno que hagamos un acto de fe por los milagros que se leen en la vida de los héroes de santidad; nos merecen crédito porque vienen rodeados en gran parte de pruebas dignas de fe humana.

La Iglesia de Cristo es la Madre de los Santos, madre de una inagotable fecundidad, que arranca a los corazones no oscurecidos de prevenciones un grito de admiración, un himno de alabanza a Dios que muestra, a través de sus Santos, a qué elevación puede su gracia encumbrar una frágil humana criatura.

EL AUTOR.

PRIMERA PARTE

Vida seglar

CAPÍTULO I

CASCIA. — CARACTER DEL SIGLO DE SANTA RITA

Cascia es, hoy día, una población de unos 5.000 habitantes, esparcidos en 36 aldeas, y forma parte de la Provincia de Perugia. Durante cierto tiempo integró la diócesis de Spoleto, que dista poco; ahora corresponde a la de Nursia, la tierra natal de San Benito, fundador del monaquismo de Occidente. Como casi todas las ciudades y villas de la Umbría, Cascia aparece graciosamente encaramada sobre la cuesta de una colina, lejos del bullicio de las grandes ciudades y en donde, por lo mismo, fácil resulta la calma, alcanzable el recogimiento de las almas sedientas de Dios. No muy lejos hállase Asís, la ciudad del *Poverello*, que legó a Umbría, a Italia y al mundo entero tantos y tan bellos ejemplos de singular caridad y de amor a la pobreza y a la paz.

Cascia tuvo que luchar por largos años con los

hombres y con los elementos. Pasada de dominio en dominio, intolerante a menudo al yugo, alzada en rebeldía, domada al fin; devastada frecuentemente por los terremotos, renació de sus ruinas: mas el del 14 de enero de 1703 la dañó al punto de no haber podido ya recuperarse por completo.

Uno de los poblados que integran su territorio es Rocca Porena, a más de 700 metros sobre el nivel del mar; más que una aldea es un pequeño grupo de casas con poco más o menos 100 habitantes.

Aquí nació Santa Rita.

El cisma de Occidente

Vivió nuestra Santa en la segunda mitad del siglo xiv y en la primera del xv; época en que la navecilla de Pedro era agitada por borrascas que la hubieran hecho zozobrar de no haber sido cosa divina.

El 5 de junio de 1305 fué electo Sumo Pontífice el Arzobispo de Burdeos, quien tomó el nombre de Clemente V y, sea para mayor tranquilidad sea por amor a su patria, no quiso residir en Roma y fijó su sede en Aviñón. Los Papas que le sucedieron hasta Gregorio XI, esto es, durante unos buenos 73 años, dejaron abandonada la sede romana hasta que este último Pontífice, ante la reiterada exhortación de Santa Brígida de Suecia se resolvió a dejar la predilecta residencia de Aviñón. Él hizo su entrada en Roma el 17 de enero de 1377 y la encontró en la



mayor desolación. La permanencia de los Papas en Aviñón fué parangonada a la cautividad babilónica y acarreó graves daños a la Iglesia.

Ya instalado el Papa en Roma, renació la fe en los corazones por tanto tiempo acongojados; pero un nuevo y mayor desastre no tardó en abatirse sobre la cristiandad.

Muerto Gregorio XI el 27 de marzo de 1378, fué electo Papa Bartolomé Prignano, Arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Hombre íntegro y de virtud poco común, se mostró muy rígido con los Cardenales, en su mayoría franceses, los cuales, no soportando el freno, hicieron correr la voz de que Urbano no había sido electo canónicamente y proclamaron Papa a Roberto de Ginebra, quien tomó el nombre de Clemente VII. Nadie puede imaginar el infinito daño que este infortunado cisma causó a la Iglesia.

Estallado en 1378, no cesó sino en 1417, con la elección de Martín V, hecha por el Concilio de Constanza. Después de más de 70 años de cautividad babilónica, casi con cuarenta años de un cisma que llevó la confusión al extremo de ignorar ya quien era el verdadero Vicario de Cristo, se echó a perder la disciplina en el clero, y el pueblo volvióse más relajado.

Las almas piadosas se lamentaban y rogaban al Señor que librase a su Iglesia de tan funesto flagelo.

Advirtiéndose entonces un hecho que hubiera resultado maravillosamente fecundo y benéfico de haber sido bien controlado y dirigido. Todos sentían que hacían falta oraciones y penitencias para obtener del Señor la paz y la tranquilidad de la Iglesia y de las naciones, y sólo faltaba la chispa inicial para propagar el incendio. Ya en 1260 había comenzado en Perugia un movimiento de tal devoción que no se había visto nada igual. Nobles y plebeyos, jóvenes y viejos, de toda condición, marchaban en procesión por la ciudad, teniendo todos en sus manos disciplinas con las cuales se flagelaban hasta hacerse sangre, implorando al mismo tiempo la misericordia de Dios y la ayuda de la Virgen. Confesaban en alta voz sus pecados, se perdonaban los unos a los otros las ofensas y movían a penitencia a los más endurecidos corazones; su ejemplo fué imitado en Alemania, en Polonia y en otras partes. Pero un estímulo tan desconcertante e impetuoso, proveniente de gente llena de fe pero profundamente ignorante, no tardó en dar por tierra; los exaltados cayeron en errores gravísimos, tanto, que la autoridad eclesiástica, en vista de su obstinación, debió condenarles.

Un hecho similar se repitió más tarde en ocasión de la peste declarada en 1346. También entonces se

pensó en la autoflagelación, pero se cometieron excesos, porque no se unía a la maceración de la carne la humildad del espíritu. Mas estos hechos nos muestran el estado de ánimo de la gente por aquella época; y en el transcurso de nuestra Historia tendremos oportunidad de conocer almas verdaderamente grandes; almas que captaron en su justo sentido la necesidad de expiación, esto es de unir nuestros dolores a los de Cristo no solamente para nuestra salvación sino también de toda la humanidad, y de ligar la mortificación del espíritu a la de los sentidos.

El peligro musulmán

Y bien que se tenía necesidad de expiaciones. En tanto la Iglesia era perturbada por las causas antedichas, un nuevo peligro le venía desde Oriente. Los Musulmanes, feroces aborrecedores de la Cruz, aprovechándose de la debilidad y de la discordia de los príncipes cristianos, soñaban con sojuzgar toda Europa y desarraigar de ella la fe y la civilización cristiana. Defendían tenazmente las bellas ciudades españolas que habían conquistado, y el 29 de mayo de 1453 entraron en Constantinopla, ocuparon la basílica de Santa Sofía sustituyendo la cruz por la media luna. Envalentonados luego de tan espléndida victoria, se proponían conquistar Italia y Roma y dar el pieño a sus caballos sobre el altar de la tumba de San Pedro.

Mas Dios no abandonó su Iglesia, la cual bien pue-

de ser combatida pero no vencida. Los Turcos, vencedores en Grecia, pocos años después fueron expulsados de España, y mientras los Griegos, siempre se separaban de la Iglesia, Cristóbal Colón ganaba para ella todo un continente.

Y es bello de ver cómo en esos tiempos borrascosos Dios le concedió una verdadera pléyade de Santos que, con el verbo y con los ejemplos, predicando la verdad, la concordia y la paz, mantuvieron viva la llama de la fe.

Santos de apostólico ardor, como Bernardino de Siena, Jacobo de la Marca, Antonio de Florencia, Lorenzo Giustiniani de Venecia; Santos que ejercieron gran influencia en los destinos de la Iglesia, como Santa Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena; otras, que en el silencio del claustro, en íntima unión con Dios y con el autosacrificio, merecieron del Señor la paz del mundo; y es de una de éstas de quien comenzamos a escribir la historia.

CAPÍTULO II

NACIMIENTO DE SANTA RITA

Todos los que escribieron sobre la vida de nuestra Santa, se complacieron en recordar las selectas virtudes de sus padres. Y nosotros, antes de llamar la atención sobre esto, observaremos con San Gregorio Magno que no es nada raro ser uno justo cuando vive en compañía de los justos; pero sí digno de sumo encomio el ser Santo entre los malvados y los pecadores. Antonio Mancini, de Rocca Porena, y Amada Ferri, de Fogliano, los afortunados progenitores de la Santa fueron admirables por la santidad de las costumbres, por la ferviente piedad y por la inextinguible caridad, mientras que en las diversas regiones de Italia se extendían las malas costumbres, la herejía, la opresión, la violencia. Ellos, de alma simple y relegados en una aldea montañosa, no se ocupaban para nada de los asuntos mundanos, sino cuando la enfermedad y la miseria llamaban a su

puerta. Y entonces los buenos cónyuges, bastante lejos de ser ricos, hallaban siempre el modo de enjugar las lágrimas y saciar el hambre del prójimo.

Su meditación favorita era la Pasión del Redentor; el Crucifijo: he ahí el único libro que ellos sabían leer y de tan provechosa forma como para imitarlo cuanto les era posible en la paciencia y en la caridad. En aquellos años tormentosos rápidamente se entraba en disputas, se alzaba en armas, se mataba. Antonio y Amada, amantes de esa paz que Jesucristo brindó a los hombres, se interponían entre los contendientes. Y no era pequeño mérito entre aquellos montañeses prontos para disputar por una medianera mal trazada o por una palabra mal interpretada. Mérito asimismo peligroso, pues se sabe por experiencia que quien se mete de por medio es fácil que reciba tanto de una parte como de la otra.

Pero se aprecia que ambos esposos eran de alma recta y temerosos de Dios. Contra la opinión de los biógrafos, es fácil poseer el don de la oración; don que el Espíritu Santo suele conceder a las almas simples y creyentes. Esto bien lo saben los directores espirituales, que no pocas veces encuentran la facilidad de meditar en personas ignorantes pero que saben rezar, y a las cuales basta un pensamiento, por caso la Pasión de Nuestro Señor, para mantener concentrada la mente por horas y más horas; y no sólo el pensamiento sino también el corazón, que experimenta el más intenso dolor por sus culpas, un vivo



deseo de amar a Dios y un potente impulso al sacrificio. Antonio y Amada podían considerarse una pareja feliz, si la felicidad fuese cosa de este mundo.

Lo que les faltaba, lo que deseaban y suplicaban a Dios era la prole. Un hogar sin hijos carece de vida. El hombre, que al anochecer regresa cansado de su trabajo, ansía ver salir a su encuentro una nidada de niños que le hagan olvidar las fatigas de la jornada; y la mujer que se ocupa de las tareas domésticas, si se halla sola se cansa y se aburre y envidia a las jóvenes madres que van a Misa los domingos, teniendo de la mano a niñitos aseados, alegres y parlanchines. Pero Amada, como la madre del profeta Samuel y como la del Bautista, no tenía este consuelo, y aunque resignada a la divina voluntad no podía trabajar sin que un tenue velo de tristeza sombrease su rostro al ver desierto su casto nido.

La esperanza echa profundas raíces en el corazón humano, y también Amada por largo tiempo aguardó y se conformó; pero al marchitarse su juventud, al correr de los años, aun aquella vino a menos, y la pobre mujer debió resignarse a la voluntad de Dios.

¡Resignarse! Es algo muy bueno, un bello acto de virtud, mas en el corazón de la desdichada no podía extinguirse del todo una tenue esperanza; ese corazón —tan posible es de creer para quien desea— secretamente continuaba esperando contra toda esperanza. La nuestra es la *historia de los imposibles* y veremos más de uno tornarse posible por aquella fe que traspone los montes. El Ven. Padre Marco de

Aviano, Capuchino, muerto en 1699, interrogado cómo hacía para sanar con su bendición a tantos enfermos, respondió: confiando en la palabra de Cristo.

Durante cincuenta y tres años aguardó la buena pareja, con expectativa más debilitada cada vez, un don que sólo de Dios podía provenir; cuando Amada, mientras se hallaba recogida en profunda y férvida oración, tuvo la visión de un ángel, que le aseguró que su plegaria había ascendido al trono del Altísimo; que habría tenido una hija, la cual sería grata a los ojos de Dios. Una sonrisa entreabrió sus pálidos labios, su semblante se iluminó y aguardó el don de Dios con aquella reverencia con que se espera a los Santos.

No sería inútil recordar que cuanto estamos narrando es confirmado por historiadores diligentes y escrupulosos, examinado con precisión por la Suprema Autoridad de la Iglesia y por ella ratificado. Y luego, ¿cómo es posible relatar la vida de los Santos sin hallarnos impelidos a cada paso hacia lo sobrenatural? Es Dios mismo quien obra sobre sus criaturas y sabemos que para Él no existe lo imposible.

El Ángel que apareció para traer a Amada la buena y ansiada nueva, se hizo ver en una segunda aparición para comunicarle que el nombre de la niña próxima a nacer debía ser el de *Rita*.

Esta circunstancia asemeja nuestra Santa al excelso San Juan Bautista, conseguido también él tras largas



oraciones, anunciado por el Ángel, llamado Juan por voluntad divina. Y Rita justamente tuvo siempre devoción por el Bautista que la tomó —como veremos más adelante— bajo su especial protección.

Los biógrafos de la Santa, basados en el hecho de que el nombre de Rita fué revelado por un ángel, se dieron a investigar si él había dicho Margarita, en cuyo caso Rita no sería más que una de las acostumbradas y populares abreviaturas.

Cierto es que el nombre de Margarita cuadra muy bien a nuestra Santa, sea porque este nombre designe a una piedra preciosa, sea porque señale la conocidísima flor que lleva este nombre. El Salvador divino compara el reino de los Cielos a una preciosa margarita que debemos esforzarnos en adquirir a cualquier precio; y también a la margarita se compara a sí mismo en el Divino Sacramento cuando dice a los apóstoles: "No queráis echar a los perros los sagrados misterios ni arrojar las margaritas a los puercos".

Así también como flor la margarita es simbólica. Flor silvestre, con un botón que parece de oro, circundado por una guirnalda de albos pétalos, puede muy bien representar una criatura nacida en una aldea montañosa y educada sencillamente, pero dotada de un corazón de oro y de una singular pureza de vida en los tres estados: virginal, conyugal y viudal: como la flor cuyo nombre recuerda, sin pompa de follaje y con el tallo rígido y erecto, simple en la vestimenta y con la mente siempre dirigida hacia Dios.

El nacimiento de Rita tuvo otra particularidad que, como se cuenta, caracteriza igualmente la nati-
vidad de los santos Doctores Juan Crisóstomo y
Ambrosio.

Rita, nacida hacia 1381, como es una vieja tradi-
ción de su monasterio, el 22 de mayo, fué bautizada
en Santa María de la Plebe de Cascia, ya que la al-
dehuela de Rocca Porena no tuvo fuente bautismal
hasta 1720.

Pocos días después del bautismo acaeció un hecho
maravilloso. Lo contaremos citando unas pocas fra-
ses de Conrado Ricci, extraídas de Nediani, de su
brillante y poética vida sobre nuestra Santa.

“Antonio y Amada, cuando se encaminaban a tra-
bajar la tierra, ubicaban a su criatura en una cesta
de mimbre, la llevaban consigo y la posaban a la
sombra de los árboles. Un día prodigioso, mientras
campesinos y pájaros cantaban cada uno por su la-
do, los plateados sauces susurraban a lo largo del río
Carno, y la niña soñaba, sus azules ojos hacia el
cielo azul, agitando las manitas diáfanas, un denso
enjambre de abejas la rodeó, zumbando singularmen-
te. Muchas de entre ellas entráronle por la boquita
y allí depositaron la miel, mas sin punzarla; mas bien
parecía como si no tuviesen aguijón. No fué su
llanto lo que llamó la atención de los padres sino un
blando rumor de alegría. Entretanto un segador po-
co diestro se ocasionó un ancho tajo en la mano de-
recha. Echando a correr hacia Cascia para hallar
quien lo curase, al pasar junto a la criatura vió todas

las abejas que aleteaban alrededor de su cabeza. Deteniéndose, sacudió las manos para librarla cuando al punto su mano derecha cesó de sangrar y se cerró la herida. A ello siguió su grito de estupor. Acudieron Antonio y Amada. Dispersado el enjambre, volvió "allí donde su trabajo toma sabor". Y más tarde, cuando Rita ingresó al Monasterio de Cascia, las abejas poblaron las paredes, allí se quedaron y de allí no se van más. Urbano VIII, el Papa de las abejas heráldicas, ordenó que le trajesen algunas, las guardó curiosamente y luego, ciñendo una con un hilo de seda por señal, soltola. Aquella retornó al enjambre de Cascia".

Por lo demás, no es raro el hecho de que Dios haya querido manifestar lá futura santidad de sus siervos desde su aparición aquí abajo. Constituyen hijos dilectos que Él regala a su Iglesia en los momentos de mayor necesidad.

De acuerdo con los autores que nos han precedido, al estudiar el significado místico de estas abejas opinamos que indican la pureza y la suavidad de alma de la hija de bendición. El suceso de las abejas blancas es narrado por todos los biógrafos de la Santa y transmitido por la tradición y los cuadros que de él tratan; la Iglesia, tan cauta en aceptar las tradiciones, incluyó este caso en sus Lecciones —aún recientes— del Breviario, y para nosotros eso basta y proseguimos.

CAPÍTULO III

EDUCACION

La educación de la niña nos la podemos imaginar. Sus padres eran viejos, más bien, según la expresión de uno de los biógrafos, en el umbral de la decrepitud; el nacimiento de la niña había sido un milagro y ellos, dado lo ingenuo de su fe —que es a menudo la que más claro y más lejos ve— atribuían el milagro a las abejas blancas. Y nos inclinamos a creer que este hecho había despertado en el alma simple de los montañeses de Rocca Porena una profunda impresión, y que mucho se haya hablado entonces, si todos los biógrafos concuerdan en narrar el hecho como milagroso, divergiendo tan solo en circunstancias de poco valor histórico.

Rita era pues para sus padres un precioso presente debido a su fe y a sus rezos; e ignorantes como eran de lo profano, se esmeraron por educar a la pequeña en los sentimientos religiosos. Guiaban su manita

para hacer el signo de la santa cruz, y para mandar besos a la imagen de Jesús Crucificado y de la Madonna: actos que ella repetía inconscientemente, pero que además de resultar gratos a Dios labraban la fantasía de la niñita y le instilaban la profunda verdad de que un cristiano se debe todo a Cristo y debe acostumbrarse a cargar su cruz. Quien reflexione sobre la infancia de Rita no podrá negar que ha sentido esas impresiones.

El que esto escribe recuerda perfectamente un bebe en su cuna, que a menudo tenía sueños agitados y gritaba. Acudía en seguida su padre y recitaba una de las antífonas finales de las Vísperas: *Regina cœli*, o *Alma Redemptoris Mater* o bien *Ave, Regina cœlorum*; y esas palabras misteriosas, con su cadencia rítmica, lograban de inmediato el milagro de una calma perfecta; era una simiente de piedad que el niño inconsciente recibía, pero que a continuación producía sus frutos. Lo mismo acontecía a Loreto Starace, el heroico y santo oficial muerto en la última guerra. Cuando niño era de llanto fácil: para calmarlo bastaba entonar las Letanías de Nuestra Señora.

Apenas tuvo uso de razón, se fueron desarrollando en aquella alma preciosa, al influjo de la divina gracia, los primeros rasgos de virtud. Una docilidad, una obediencia activa y jovial; un acentuado amor al recogimiento y a la oración; un instintivo y delicadísimo sentido del pudor y una inextinguible sed

de conocer cada vez más a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo. Lo que sus ojos habían tantas veces contemplado en la inconsciencia de la infancia, imprimiéndose profundamente en la fantasía, era lo que ahora anhelaba su mente conocer y su corazón amar. Debemos creer que sus padres refirieronle cuanto estaba a su alcance sobre la vida de Jesucristo, de la Virgen Bienaventurada y de los Santos más conocidos.

Probablemente ellos no sabían leer, sea porque entonces no se conocían las escuelas populares, sea porque la cuenca montañosa de Rocca Porena distaba mucho de la ciudad de Cascia. Pero en aquellos tiempos la fe era vivísima y las iglesias —casas de Dios y del pueblo— estaban casi todas ornadas con las leyendas de los Santos y con los hechos más destacados del Evangelio. La Umbría en aquel tiempo abundó en pintores, cuyo arte ingenuo debía más tarde crecer y refulgir con el Perugino y Rafael, evidentemente más ricos en su arte magnífico y más sugestivos porque estaban impregnados del espíritu cristiano. Añadamos que los buenos cónyuges, de lo que veían y oían en la Iglesia sabían lo suficiente para guiar a la niña en el conocimiento de lo divino adecuado a su edad. Rita, tal vez como Santa Catalina de Siena, jamás supo leer y escribir correctamente. Y en tanto la Virgen de Siena, debiendo tratar con los Pontífices y los demás Prelados los más grandes intereses de la Iglesia, obtuvo de Nuestra Señora la gracia de escribir en su graciosa y pura lengua

materna, Rita prefirió solamente leer un libro: el Crucifijo.

Y quizás le sucedió lo que se lee del obispo y mártir polaco San Josafat el cual, cuando de niño oyó narrar a su madre la Pasión de Jesucristo sintió tocado su corazón como por un agudo dardo. Ciertamente las primeras impresiones son imborrables y tal vez decisivas en la vida.

Además en aquellos rientes valles de la Umbría se mantenía viva aún la imagen de San Francisco de Asís quien había vivido allí, quien allí había predicado con inmenso fruto y recibido de Cristo los sagrados estigmas. El Heraldo del Gran Rey, llagados pies y manos como el Maestro, había recorrido aquellas regiones sobre el lomo de un asno; su vida, sus sufrimientos, su paciencia estaban presentes aún entre aquellos campesinos, y Rita oyó hablar con admiración y experimentó en sí misma el deseo de ser crucificada con Jesús, o por lo menos de compartir sus aflicciones, y veremos como fué favorecida.

Mientras tanto el estudio del Crucifijo hacía nacer en ella el deseo de la penitencia. La vida de una pobre aldeana de montaña dista mucho de ser acomodada y podemos creer que Rita, teniendo en cuenta la avanzada edad de sus padres, de quienes era el único sostén, debió esforzarse de la mañana a la noche para poder repetir con el Salmista el haber estado agobiada por el trabajo desde temprana edad. Aparte de la fatiga se acostumbraba a la obediencia, al sacrificio de la propia voluntad, tan difí-



cil en los niños, en los cuales prevalece la irreflexión y el capricho. Veremos cómo la querida Santa, cuando quiso tomar los hábitos fué hallada monja ya formada y perfecta. ¡Cómo no maravillarnos si, desde niña, se ejercitó en los preceptos evangélicos en los cuales consiste la perfección cristiana!

Otro detalle más sobre ella refieren los biógrafos, que nos permite conocer el alto grado de santidad que ella alcanzó desde la niñez, particularidad que sigue siendo admirable, aunque se confronte con dos almas verdaderamente admirables, Santa Teresa de Jesús y la otra, más reciente, Santa Teresita del Niño Jesús. La primera se había dejado vencer por la vanidad y la curiosidad de leer cualquier libro mundano que su madre tenía sobre la mesa; advertida de que aquello no andaba bien, se corrigió; y cuando se entregó de lleno a Dios, Jesús le hizo ver el infierno y allí un lugar desolado, diciéndole: Este es el lugar que te hubiera tocado si no hubieras corregido tu vanidad. También Santa Teresita tuvo su momento de debilidad cuando, niña todavía, había deseado un vestidito sin mangas diciendo: ¡Cuánto seré admirada con los brazos desnudos!

Los padres de Rita, pobres montañeses, por cierto no podían procurar a la hijita elegantes vestidos: pero la anciana madre, por una complacencia fácilmente excusable, intentó alguna vez comprarle algún adorno, cintas, alguna de aquellas chucherías que bastan acaso para volver más agraciada a una niña. Rita no quiso tener nada que ver con todo eso.

Y resulta maravilloso este sentimiento en una muchachita que difícilmente podía encontrar un director espiritual que la guiase con mano experta y segura por el arduo camino de la perfección cristiana.

Donde el Espíritu Santo halla almas humildes, castas y mortificadas, allí reparte sus dones.

Y por ello fué tan generoso con Rita.

Un alma de tal modo inflamada de amor hacia Dios no se encuentra cómoda en el mundo y ama la soledad. La cual, sin embargo no es vaciedad ni ocio: es la perfecta dedicación de sí mismo a Dios, tomando sobre la tierra lo estrictamente necesario para vivir y rechazando aquello que agrada a los sentidos. Soledad nada improductiva y que el amor de Dios nutre de caridad hacia el prójimo; soledad que, protegiéndose de aquello que el mundo brinda para seducirnos va en busca de lo que sabe lleno de miseria y de dolor. En una palabra, Rita aspiraba a la vida religiosa, pero Dios quiso que primero ascendiese su Calvario.

CAPÍTULO IV

EL MATRIMONIO DE SANTA RITA

En tanto la piadosa niña no pensaba más que en Dios y en sus ancianos padres, éstos, que no habían podido entender del todo los secretos de su alma virginal, pensaban en hallarle un marido. Próximos a morir, no querían dejarla sola en el mundo y tal vez esperaban, antes de cerrar los ojos, ver crecer junto a sí los nietos. Qué edad tenía por ese entonces Rita es cosa que no se sabe a punto fijo: hay quien sostiene que contaba dieciocho años, otros, sólo doce. Poco nos importa el saberlo y nos repugna la idea de que hayan empeñado la fe de una muchacha de tan tierna edad, aunque también los padres de Santa Catalina de Siena habían intentado hacerlo.

¡Qué lucha, cuánta amargura para el corazón de Rita! No se inclinaba a brindar a un hombre aquél corazón que desde la más tierna edad había consagrado a Dios, y por otra parte sentía compasión por

sus seniles padres, a los cuales estaba acostumbrada a obedecer en lo más mínimo. Agréguese que el joven que solicitaba su mano no era el tipo adecuado para ella, tan tímida, tan delicada, tan desasida de las cosas del mundo.

En tanto la pobre Rita, con inmenso dolor, se disponía a la difícil obediencia, otra muchacha romana acabó siendo sacrificada del mismo modo por los padres. Queremos cotejar la figura de la romana con la de la humilde hija de los montes, ya que su vida tiene muchos puntos de semejanza.

El esposo de Francisca —que pasó a la historia con el nombre de Francisca Romana— se llamaba Lorenzo de Ponziani, joven señor romano, rico y de noble familia. Sea por la pena que le producía un matrimonio no deseado, sea por expresa disposición de la Divina Providencia, Francisca apenas entró a casa de su esposo cayó víctima de una grave enfermedad que duró casi dos años y de la cual curó prodigiosamente el día de San Alejo, 17 de julio de 1398. Francisca tuvo hijos que educó con todo esmero; sufrió el exilio del marido y la confiscación de bienes con plena entereza de ánimo. Muerto el marido se convirtió a la religión y fué modelo incomparable de humildad, de paciencia, de caridad. La continuación del relato hará ver los principales puntos de semejanza de las dos Santas.

Aquí deseamos destacar la devoción que ambas tuvieron por la Pasión de Nuestro Señor. “Cuando Francisca, —escribe Rohrbacher en su Historia Uni-

versal de la Iglesia Católica—, meditaba sobre la Pasión del Redentor, se conmovía tan profundamente y vertía tanto llanto, que la nuera y su camarera muchas veces temieron que no fuese a morir de dolor. Dolor que no sólo se apoderaba de su alma sino también de su cuerpo. Si pensaba en los pies y en las manos del Salvador traspasados por los clavos, sentía sus propios pies y manos tan doloridos, que no podía hacer de ellos uso alguno. La corona de espinas le causaba una corona de dolor sobre la cabeza; la flagelación le dejaba los miembros en lastimoso estado. Si durante esta contemplación caía en éxtasis, sus pies y sus manos chorreaban sangre. Meditando sobre el costado abierto del Salvador, quedóle todo el pecho cubierto de llagas” (libro 82, n. 24).

Volviendo ahora a Santa Rita, percibiremos una fuerte semejanza también en esto con la santa matrona romana. Una y otra adoptaron como libro el Crucifijo; una y otra llevaron la cruz; una y otra exhibieron en sus miembros las llagas de Nuestro Señor. Y ambas debieron sacrificar su íntima aspiración de dedicarse en absoluto a Dios.

Rita había nacido en la aldea montañosa de Rocca Porena, algo distante de Cascia, pero los monjes agustinos que tenían en esta ciudad su monasterio, se habían esparcido aquí y allá; algunos de entre ellos vivían en las grutas para santificar sus almas. Entre éstos la historia recuerda al beato Juan dei Duchi de Chiavane, que tras tomar los hábitos religiosos en 1320, veinticinco años después se había retirado a



la ermita de Santa Eufemia de Atino y allí había muerto en 1350, en olor de santidad. También recuerda al beato Ugolino, agustino de Cascia, muerto asimismo en olor de santidad en la ermita de Santa María del Castellano. Estos solitarios ejercían sin duda una saludable influencia en las almas simples y buenas. Y creemos que la gente de los contornos los visitaba para recabar consejo, confortación y orientación para su vida cristiana.

Rita, que desde pequeñita había aspirado a la vida perfecta, hubiera querido imitarles; y, no pudiendo abandonar a sus viejos padres, se las compuso para lograr recogimiento en la casa paterna. "Escogió para eso, con consentimiento del padre y de la madre, un cuarto apartado, lo convirtió en oratorio, lo adornó con las imágenes de la Pasión y luego se encerró allí como en un centro de delicias. Allí esperaba el divino amante, para hablarle al corazón". (Tardi).

Dadas estas disposiciones, ¿cuál no debía ser el espanto de la piadosa joven cuando los ancianos padres le hablaron de matrimonio?

No se sentía con ánimos para dar una pronta negativa porque estaba habituada a una ciega obediencia y no deseaba apesadumbrarlos. Pero es justo pensar que más con lágrimas que con palabras les haya suplicado el dejarle la libertad de la vocación religiosa. Enternecidos, habrían cedido quizás a sus ardientes súplicas, si el joven que la había pedido y

al que acaso la habían prometido, hubiese sido distinto de como era.

Pero Pablo de Ferdinando —al apellido poca atención se prestaba entonces entre la gente humilde—, era un hombre que siempre quería llevar las de ganar. Los escritores lo pintan disoluto, violento, y hay quien supone haya tomado parte en hechos de sangre, capaz por tal motivo de cometer un despropósito si Rita y sus padres no hubieran consentido en sus bodas.

Pensad entonces en la consternación de la pobre muchacha cuando se percató de haber caído inconscientemente en la trampa. Rita multiplicó la austeridad, las limosnas y las plegarias pero el Señor, que no medita con nuestros pensamientos y guía al mundo por caminos por nosotros ignorados, no la escuchó, o mejor dicho, no quiso sustraer a la joven de aquella cruz, porque tenía para ella otros designios, y en cambio le concedió otras gracias, entre ellas la de ganar el alma de su marido y dar a las esposas maltratadas un claro ejemplo de heroica paciencia.

Así se convirtió Rita en esposa, abrazando su cruz y entrando camino a su Calvario.

Algunos autores, basándose en una frase del sarcófago que encierra las reliquias de la Santa, afirman que el sacrificio de Rita favoreció no sólo al marido sino también a todo el valle. Hemos de ver cómo.

Cascia, con otros territorios había sido incorporada a los dominios de la Iglesia Romana, que mandó allí sus ministros. Pero mientras el Papa Gregorio XI

encontrábase en Aviñón, los gibelinos de Cascia, enemigos del gobierno pontificio, llamaron en su ayuda a Tomás de Chiavano, quien acudió con sus partidarios los cuales, no contentos con haber expulsado al Gobernador y a los otros oficiales de la Curia Romana, cometieron gravísimos delitos: devastaciones, pillajes, homicidios, incendios. Al parecer Pablo de Ferdinando se contó entre los más exaltados y parece que Rocca Porena estuvo durante cierto tiempo bajo la angustia de sus amenazas y de su desmedida prepotencia. Después de tres años de dominio que podemos calificar de facineroso, los rebeldes se sometieron de nuevo al Pontífice y fueron perdonados, y podemos conjeturar que Rita haya ejercido salu-
dable influencia sobre el marido y lo haya reducido a cambiar de opinión. Amansado el lobo, la aldea entera respiró. Así se explica lo que afirman varios historiadores, a saber, que los Mancini (los padres de Rita y Rita misma) fueron llamados los *pacificadores de Jesucristo*.

CAPÍTULO V

EL CORDERO VENCE AL LOBO

En el capítulo anterior habíamos hecho un cotejo entre Santa Rita y Santa Francisca Romana: asimismo queremos compararla con otra santa, famosa en la Iglesia por habernos dado el máximo Doctor de Occidente, San Agustín. Se trata de Santa Mónica.

Dada como esposa, contra su voluntad, a un pagano bebedor e iracundo, entrada a una casa donde la aguardaba una suegra que la veía con malos ojos, rápidamente tomó su resolución: respetar a la suegra como a una madre, empeñarse en contentar al marido en todo lo que no contrastara con la ley de Dios, sufrir por amor de Jesucristo y procurar la conversión del marido; si él se encolerizaba, no responder, y tanto éxito logró, que las otras mujeres, acostumbradas a recibir golpes, se maravillaban de

que Mónica no los acusase. Consiguió luego, a fuerza de paciencia y oración, inscribir a Patricio entre los catecúmenos y a prepararlo a morir como buen cristiano.

Tal vez Rita habrá sentido hablar de la madre de San Agustín, mejor aún, esto se puede decir con toda probabilidad de acierto, porque los solitarios de los alrededores de Cascia eran todos agustinos, como ya hemos dicho, y celebraban la fiesta de San Agustín y de Santa Mónica con solemnidad y gran concurso de gente, tejiendo el panegírico de los dos Santos.

¿Cómo podía faltar Rita, tan devota, a esas sacras reuniones, y no quedar profundamente impresionada por aquello que veía y oía? Cuando pues, entró en la casa de Pablo, tenía ya preparado el modelo a seguir.

Como Mónica, había rogado por la conversión del marido, como aquélla había soportado en silencio la cólera y las injurias; había hecho todo lo posible para que nada faltara en la casa de cuanto él podía desear. Todo esto se puede decir y escribir en pocas palabras: mas las esposas a las cuales toca en suerte un marido semejante saben a qué dura prueba se ve sometida su paciencia, qué difícil resulta de contentar un marido que por nada se altera, blasfema, insulta, hace pedazos cuanto cae al alcance de su mano y llena de insultos groseros e indecorosos a la pobre mujer que, bajo esta tormenta, o bien respon-

de con viperina lengua o bien, consternada, se desahoga en llanto.

El marido de Rita había agraviado y, por consiguiente, contaba con enemigos: había sido ofendido y buscaba vengarse; y cuando marchaban mal las cosas de afuera, su furor se descargaba en la casa y la inocente y tímida criatura debía padecer sus consecuencias. El marido de la beata Ana María Taigi, tenía él también sus accesos de cólera; pero siendo, en el fondo, un buen cristiano, lo peor que hacía era romper los platos dispuestos para la comida; pero Pablo era de otro temple, y la pobre de su mujer podía esperar de un día a otro, o verlo arrestado por hechos de sangre o conducido a su casa herido de muerte. Pero, ¿qué es lo que no pueden la fe y la caridad? Rita recordaba las palabras del Maestro: "Si tuviérais la fe del tamaño de un grano de mostaza, direis al monte: Alzate de ahí y arrójate al mar y el monte obedecerá". Por eso su paciencia volvióse tan heroica, que sus vecinas la llamaban la mujer sin odio. La maravillosa fuerza moral le venía de la fervorosa plegaria, de la santa Comunión y de su meditación preferida sobre la Pasión de Nuestro Señor. Reflexionando sobre las ingratitudes, los insultos, las burlas, los golpes recibidos por Jesús, le parecía liviana la propia cruz.

Lo que la afligía, lo que le traspasaba el corazón, era el pensamiento de que Pablo era enemigo de Dios y que por eso marchaba al encuentro de la perdición eterna. Para obtener de Dios su conversión, a los



4.— *Santa Rita*

rezos añadió rudas penitencias. Se habituó a hacer no una, sino tres cuaresmas cada año, y las cuaresmas eran entonces muy rigurosas: una sola comida; completamente magra y tomada al anochecer: nada fuera de esa comida. Pensad en una joven mujer, cargada de quehaceres y de dolores, quien todo lo aguantaba bendiciendo a Dios, y no os maravillais si poco a poco reduce al marido a ser más calmo, menos violento y menos alejado de Dios.

Injuriada sin razón, no tenía palabras de resentimiento; golpeada, no se quejaba, y se mostraba tan obediente al punto de no encaminarse ni siquiera a la Iglesia sin el permiso del brutal marido.

Y llegó el día en el cual el cordero triunfó sobre el lobo. Pablo comenzó a reflexionar, a admirar la incomparable paciencia de su víctima, a avergonzarse de sí mismo. Cuando se apoderaba de él la cólera, salía de su casa hasta que no se disipara y no regresaba sino después de recobrada la calma. La gracia del Señor estaba triunfando sobre aquella naturaleza bárbara; y fué un día de inmensa consolación para Rita aquél en el cual, enternecido por sus lágrimas, Pablo, cayendo a sus pies, le pidió perdón por haberla hecho sufrir tanto y volvió a traer la paz a la pequeña familia.

Rita aprovechó esto para reacercar a Dios el alma de su marido; ahora él la escuchaba con veneración; las palabras de ella, brotando de un corazón iluminado por la fe y encendido del más puro amor hacia Dios, hacían mella en el corazón del extraviado, re-

cordándole las verdades aprendidas cuando niño y luego olvidadas; poniendo bajo su vista la imagen de Jesús Crucificado que, tras haber amado y beneficiado tanto a los hombres había sido tan mal pagado y había muerto perdonando a sus verdugos.

Los sentimientos de odio y de venganza se disipaban en el corazón de Pablo, dejando paso a otros nuevos y tal vez nunca experimentados, que nacían como flores tras el deshielo; allí donde había dominado el espíritu del mal, obraba el Espíritu Santo. El pueblo advirtió la transformación de aquél hombre y respiró aliviado. Respiró y bendijo a la heroica mujer que había sabido amansar a aquel lobo. Quizás hubieron de aquellos que, tiempo atrás, ofendidos atrozmente por él, le perdonaron de veras; pero no todos lo hicieron así.

CAPÍTULO VI

BREVES SONRISAS Y NUEVAS LAGRIMAS

Acaso la mayor de las dificultades que se encuentran en la historia de Santa Rita consiste en la carencia de datos precisos. En aquellos tiempos no se contaba con registros públicos y si bien podíamos tener noticias ciertas acerca de las familias ilustres, en cambio no las teníamos sobre la familia Mancini, pobre y perdida entre las rocas de los Apeninos.

Los historiadores saben referirnos con certeza que Rita tuvo dos hijos; pero hay quien dice que fueron gemelos, y otros, que no; quienes afirman que el primero fué llamado Jacobo, quien Juan Jacobo; en lo que respecta al nombre del segundo, están todos de acuerdo: se llamó Pablo María.

Alma guiada por el espíritu del Señor, Rita recibió los hijos de la mano de Dios como un tesoro precioso para ser conservado cuidadosamente; en

ellos protegía más el alma que el cuerpo y podemos creer que los consagrara a Dios y rogase por ellos no bien los vió.

San Leónida besaba sobre su corazón a su hijo Orígenes —que fué luego uno de los más ilustres doctores de la Iglesia— pensando que él era el templo del Dios vivo; y no hay que dudar que Rita considerase a sus hijos como imagen de Dios. Y sintiéndose deseosa de mayores gracias, multiplicó sus plegarias y sus mortificaciones. “Ayunaba, dicen los Bolandistas, todas las vigiliass de las fiestas de la Virgen con pan y agua, observando con religioso celo los demás días establecidos por la Iglesia —entonces eran muchos más que al presente— y, además de la cuaresma impuesta a todos, practicaba otras dos. Distribuía luego limosnas a los pobres y el marido aprobaba sus actos”.

La visita a los pobres y a los enfermos constituyó siempre la pasión de la piadosa mujer, y cuando los hijos tuvieron la suficiente edad, los llevaba consigo para habituarlos a las obras de caridad. Temía que hubiesen heredado el carácter paterno; temía por su porvenir pensando que iban a vivir en un mundo de turbulencia, de opresión y de escándalos y por eso buscaba todas las maneras de depositar en sus tiernos corazones los gérmenes de esas virtudes de las cuales estaba ella tan bien provista y que germinando a su debido tiempo bastarían para preservarlos de la influencia de las malas pasiones. El marido, vuelto a la buena senda, la secundaba en



este sacro deber; y cuando, a pesar de los buenos propósitos, lo acometía algún repentino ataque de ira, salía prontamente de la casa, para no dar a aquellos inocentes un espectáculo impropio de la dignidad paterna.

En tanto que Rita vigilaba la educación de sus hijos, se quedó sin sus buenos padres. Habían vivido amándose y en armonía y murieron el mismo año —1381— uno el día de San José —19 de marzo— y la mujer el día de Santa Annunziata, el 25 de abril, a los noventa años de edad.

Las pasiones violentas duran poco; y la experiencia nos muestra matrimonios contraídos por sensualidad y que, tras la luna de miel —a menudo también ésta amargada— se vuelven infelices, plagados de quejas, de riñas, de infidelidad y de pecados; en cambio, el recto amor cristiano, bendecido por Dios, fluye como plácido río sin desbordamientos, con sólo alguna leve agitación —ya que las acciones humanas no pueden ser perfectas— y los esposos aún ancianos se aman con puro amor, apoyándose mutuamente.

Es indudable que Rita sintió dolor por la muerte de sus padres. Dolor sin remordimiento, ya que siempre los había amado, respetado, obedecido y ayudado en cuanto le fué posible; y después de muertos hizo sufragio por sus almas con inflamados rezos. De este modo, cumpliendo esmeradamente con sus deberes de hija, de esposa y de madre, Rita se procuraba siempre nuevos méritos para el Cielo.

Otro pensamiento que debía ser de gran consuelo a la pía mujer en aquella circunstancia, fué el de la vida verdaderamente cristiana de sus progenitores y el saberlos salvos en la vida eterna. Fué el mismo pensamiento que confortó a San Agustín cuando falleció su madre: "No era conveniente llorar mucho a nuestra madre, ya que no murió miserablemente ni tampoco murió por completo. Estábamos persuadidos de ello pensando en los buenos ejemplos que nos había dado con su conducta y su fe sincera. Recordaba su piadosa y santa vida, tendida a Dios, tan dulce y gentil para con nosotros, y di rienda suelta a las lágrimas. No me reprochaba haber llorado un poco por aquella que durante tantos años había llorado para que yo volviese a Dios".

La familia de Rita, después que Pablo cesó de cometer desatinos movido por las pasiones de partido y por la sed de venganza, podía considerarse una familia humanamente feliz. Los hijos crecían hermosos y sanos y se gozaba de aquel bienestar que siente el campesino cuando tras una tormenta amenazadora se despeja el cielo y resplandece el sol. Mas si para todos en este mundo, las pocas rosas se abren tras múltiples espinas, Rita, inclinada desde pequeña a la imitación de Jesús Crucificado, bien pronto fué punzada por un dolor agudísimo, mejor dicho, de un cúmulo de dolores que la asemejaron al santo Job, quien en sólo un día se encontró privado de todo humano socorro. Alma heroicamente generosa, había rogado al Señor de padecer, de pa-

decer mucho, y el Señor le tomó la palabra. No todos habían olvidado los agravios sufridos a causa de Pablo; y cuando él trocados sus sentimientos, pareció menos fiero, hubo quien pensó aprovechar tal estado de cosas para poner en ejecución un viejo deseo de venganza.

“Regresaba al anochecer —así lo consignó un Párrero que tuvo a su cuidado la guía espiritual de Rocca Porena—, regresaba pues Pablo, de Cascia, a dónde había sido llevado por sus ocupaciones, pasando por la acostumbrada senda a lo largo del río Carno, y puesto que por la nueva vida verdaderamente cristiana por él emprendida, mediante el buen ejemplo, la insinuación y las fervientes oraciones de su santa esposa, había depuesto su bravura y se ocupaba solamente en vigilar su propia vida, no llevaba consigo ninguna clase de armas; entonces sus enemigos tuvieron oportunidad de asaltarle y de privarlo ahí nomás de la vida. A poca distancia de Rocca Porena, bajo las viñas de Collegiacono, junto al molino de los Señores de Poggiodomo se ve todavía el sitio donde es fama fué muerto al regresar desde Cascia a Rocca Porena”.

Descubierto al paso por alguien el cadáver ensangrentado, la aldea fué sacudida, y la funesta nueva presto llegó a oídos de Rita. ¿Si en los demás el delito causaba una profunda impresión, cuál no sería el dolor y el extravío de la pobre esposa? Sacando fuerzas de flaqueza corrió hacia el lugar del hecho llevando de la mano a ambos niños; y sabiéndolos

de natural bravo, por haberlo heredado del padre, tuvo la precaución de ocultar a sus ojos la sangre del asesinato y de conversar con ellos en un tono de perdón. Más que en sí misma, pensaba en el alma del marido comparecida, tras una vida de violentas pasiones, tan de improviso al tribunal de Dios; pensaba en las consecuencias que el triste suceso había podido tener en el corazón de los hijos. Aunque educados prolijamente por su santa madre y mantenidos, en la medida de lo posible, lejos de las malas compañías, habían crecido en tiempos revueltos, y habían debido respirar aquellos aires malsanos de las luchas intestinas y del odio.

Llevados hasta su casa y luego a la iglesia por manos caritativas, los restos mortales tuvieron dignas exequias gracias a su mujer, la cual multiplicó sus ruegos y penitencias en sufragio de su alma.

Y, en heroico gesto, tuvo a bien el perdonar de corazón a las manos asesinas.

Otra mujer perdonó a los asesinos de su marido, y fué S. Francisca Frémiot de Chantal. Pero el caso es algo distinto y del cotejo Rita no tiene nada que perder. Recordemos sucintamente el hecho, narrado a continuación en forma brillante por Dougand.

Santa Francisca se había casado con el barón Cristóbal de Chantal. Los dos esposos eran aun jóvenes cuando el barón cayó gravemente enfermo de una penosa enfermedad que lo puso al borde del sepulcro. Superada la violencia del mal y ya convaleciente, recibió un día la visita de su primo d'Anle-



zy, uno de sus mejores amigos, quien le propuso efectuar un paseo por el bosque, en tren de caza. Aceptó encantado el barón la amistosa propuesta y se internaron en el bosque tomando distintas direcciones. Momentos después se oyó un tiro de fusil y se oyó un grito angustioso: ¡Muerto soy! D'Anlezy, creyendo acertarle a una liebre, había matado al primo.

Nadie podrá describir la aflicción de la esposa, después de haber pasado largas noches en vela a la cabecera del marido y temblando por su vida, al verlo arrebatado tan trágicamente cuando se hallaba en franco tren de recuperación. "Fué tanto el dolor, escribe Dougand, que no se resignaba a aceptar como dispuesta por Dios aquella desgracia, y las palabras de sumisión se negaban a brotar de sus labios". Estuvo mucho tiempo sin poder ver al inocente matador de su marido, más luego cicatrizadas las llagas del corazón, habiéndose vencido a sí misma, designó a d'Anlezy padrino del bautismo de su hijo. Perdonar a quien fué amigo nuestro, a quien ha matado indeliberadamente es siempre un gran acto de virtud cristiana, estando como está arraigado en el corazón humano el deseo de justicia y, por consiguiente, la venganza. Pero Rita, en cambio, debió perdonar a un vil asesino, que había asaltado alevosamente a su víctima sabiéndola desarmada. Santa Francisca de Chantal aprenderá más tarde a practicar las austeras virtudes inculcadas por San Francisco de Sales y ascenderá su Calvario;

pero Rita ya en esos momentos había ascendido, porque Jesús la destinó a ese género de santidad que se puede denominar una verdadera *via crucis*.

Atenuada la primera impresión por la muerte del marido, la piadosa mujer concentró todos sus cuidados en los dos hijos y fué estudiando cada vez mejor su índole y sus disposiciones. Eran jovencitos todavía, pero al ojo experto de la madre no podían escapar ciertos gestos, acaso ciertas palabras que podían denunciar propósitos de venganza. Ciertamente, las enseñanzas de la madre influían sobre su ánimo, y más todavía obraba la gracia de Dios, por ella implorada con preces y ardientes lágrimas. Pero a los muchachos no podía tenérselos de continuo reclusos en la casa. Debían salir para mandados, y ya salidos oían otras cosas, veían muy otros ejemplos que instigaban quizás a la venganza. La fuerza del mal a menudo logra sofocar a la del bien: llegó el momento en que Rita advirtió que los hijos ya no la escuchaban con la docilidad de antes, que el instinto de violencia habríales empujado al delito.

La madre, que ponía más empeño en cuidar de la salvación de sus almas que de su propia vida, cuando vió agotados todos los recursos tomó una determinación extrema y rogó a Jesús Crucificado que los llamase a su seno, inocentes, de no ser posible evitar que fueran culpables.

Para una madre que en el transcurso de poco

tiempo había perdido a los padres y al marido; y que había concentrado todos sus afectos terrenos en sus hijos, aquello fué otro acto heroico. Pero en esta mujer todo es grande cuando se trata de sufrir. Jesús la quería toda para sí y eliminaba uno por uno todos los vínculos que la mantenían unida a la tierra.

Uno tras otro los hijos cayeron enfermos; y Rita se dió a cuidarlos, a procurar que nada les faltase, a emplear toda clase de remedios para conservarles la vida aun a costa de los mayores sacrificios.

Pero objetareis: ¿no había rogado a Jesús que se los llevase? Es cierto; pero no era ella quien debía dejarlos morir; sabía que su deber era asistirlos, y este deber suyo quiso cumplirlo generosamente.

Y luego los dos muchachos no eran todo lo bueno: que ella deseaba; quería ofrecerlos a Jesús —si hubiese sido necesario— pero purificados por la penitencia.

Y así fué. La prolongada dolencia apaciguó en ellos los propósitos de venganza; una vez que ellos hubieron llorado sus pecados y se reconciliaron con Dios, sólo entonces el corazón de la madre santa y generosa se calmó.

Los jóvenes murieron al poco tiempo, un año después de la muerte del padre. Trasladados los restos mortales tal vez junto a los de su marido, Rita se encontró sola en el mundo; sola pero con su Dios; sola, pero libre. A este mundo que, bajo escasas

rosas oculta tantas espinas; que bajo el manto de la civilización encubre todavía tanta barbarie; que junto a las prácticas religiosas deja vivir instintos tan paganos y hasta bestiales, Rita dió un adiós.

Pudo decir con el Salmista: Se ha roto el lazo y he recobrado mi libertad.

CAPÍTULO VII

HACIA EL NIDO DESEADO

En sus sueños de virgen joven, Rita había anhelado siempre el claustro como un nido de paz en el cual habría podido servir a Dios con todas las fuerzas de su alma. Cuando se trasladó a la ciudad, pasando por la puerta del monasterio, pareció que una fuerza íntima y potente la atrajese hacia el interior, y sentía una santa envidia hacia las vírgenes allí reclusas. La atraía especialmente el monasterio de las Agustinas, en cuya proximidad se hallaba la iglesia de Santa María Magdalena, donde podría entrar y desahogar sus sentimientos ante el santo Tabernáculo.

¡Pero qué abismo entre esos primeros años y el estado actual! No obstante sentir viva todavía, imperiosa, urgente, la voz que la llamaba a la vida religiosa, sabía Rita que no podía ofrendar ya la virginal frescura de su vida de doncella y debió creerse un ser fracasado.

Igual sentimiento experimentó Santa Francisca Romana. Había fundado ella la Congregación de las Oblatas de Tor de Specchi y construido a sus expensas un amplio monasterio. Habiendo enviado deseó entrar allí para consagrar enteramente a Dios el resto de su vida, pero se estimaba vaso de inmundicias, indigna de permanecer entre aquellas vírgenes consagradas; fué admitida, pero aún siendo la fundadora, entró para servir a las religiosas, humillándose ella, noble matrona, a los menesteres más vulgares de la casa.

Rita, modestísima, se infundió ánimo; sabía que las dificultades eran humanamente insuperables, pero confiaba en Dios. Recordemos que es la *Santa de los imposibles*.

Resolvió por eso hacer la prueba. Para llegar a Cascia debía tomar el camino más frecuentado y pasar por el sitio que había sido manchado con la sangre de su marido. Una conmoción, un rezo, quizás una lágrima y adelante.

Y hela aquí, en Cascia, en el Convento de las Agustinas. Ese convento no existe más, mejor dicho, no está ya en el estado en que lo halló nuestra Santa.

Había pertenecido antes a las monjas benedictinas. Pero cuando el terremoto del año 1328 lo redujo a un lamentable estado, éstas lo abandonaron y tomaron posesión de él las agustinas, que aproximadamente dos años después, tras haberlo restaurado con la aneja iglesia de Santa María Mag-

CLAUSTRUM



L. P. P. P.



dalena, se trasladaron para habitarlo. Parece que también Santa Rita había contribuido a los gastos de restauración con el dinero obtenido de la venta de sus bienes (Donato Donati en su vida de la Santa).

Muchas veces, a continuación, el monasterio fué dañado por el terremoto; y en tanto las monjas hacían extraordinarios sacrificios para agrandar la iglesia, en la noche del 14 de enero de 1703 un nuevo y más horrendo terremoto destruyó la iglesia y volvió inhabitable el monasterio. Mas en medio de tan inmenso desastre las pobres monjas tuvieron clarísima prueba de la protección de aquella que había sido su cohermana y había partido hacia el Cielo.

Juan V, rey de Portugal, sanado prodigiosamente de una gangrena del ojo izquierdo por intercesión de Santa Rita, donó en sucesivas entregas para la reconstrucción del convento 13.229,36 escudos. Con estas y otras ofrendas fué construído un nuevo cuerpo de edificio del monasterio, y es el que existe hoy todavía. Los trabajos, comenzados en 1747, fueron llevados a cabo en medio del común regocijo e inaugurados el día 8 de septiembre de 1752.

Confiado en la ayuda de Dios, Rita llamó a la puerta de las Agustinas de Santa María Magdalena y expuso a la Superiora su ardiente deseo. Su devoto y humilde aspecto habrá causado óptima impresión en la buena religiosa; pero el convento, habituado a recibir jóvenes doncellas, nunca hasta

entonces había abierto sus puertas a una viuda y la pobre mujer, a pesar de sus súplicas, fué rechazada.

Podéis imaginaros con qué sentimiento desandó el camino hacia Rocca Porena. Había temido ser indigna de vivir entre las vírgenes consagradas a Dios y he ahí que Dios mismo parecía echarla de nuevo al mundo. Mas al mismo tiempo una voz interior, esa misteriosa voz que se había hecho sentir desde sus primeros años, la alentaba a esperar.

De regreso al poblado, recurrió a las oraciones, a la mortificación, a las buenas obras y, recuperada un poco la fe, otras dos veces llamó a la puerta del monasterio de Santa María Magdalena para encontrarse con otras dos negativas.

Los biógrafos de la Santa hacen notar que en Cascia había otros conventos, uno de los cuales también de monjas agustinas. ¿Por qué motivo Rita continuó llamando, aunque rechazada, a la puerta del primero de ellos?

Viéndose así rechazada, Rita habría podido pensar que Dios la quería suya para dedicarla al apostolado no en el claustro sino en el mundo, a semejanza de Santa Catalina de Siena que, nacida quince años antes que ella no pudo convertirse en monja de Santo Domingo, sino en simple terciaria de aquella Orden e instruída directamente por el Espíritu Santo, predicó a los pueblos, convirtió innumerables pecadores y ejercitó una saludable influencia en los destinos de la Iglesia, haciendo que

el Papa se resolviera a retornar a su Sede de Roma.

Rita comprendió que este no era su camino. Las monjas de Santa María Magdalena la rechazaban. Dios la atraía allí con fuerza irresistible. Se confió a su voluntad y se encomendó más que nunca a los Santos de su devoción.

Jesús no le negaba la gracia, sólo se la difería para poner a prueba su fe y darle ocasión de nuevos méritos. Por lo demás, la santa mujer, que entonces frisaba los cuarenta años, aun fuera del convento llevaba una vida de gran religiosidad, pues si bien no había pronunciado los solemnes votos, observaba al pie de la letra los preceptos evangélicos y estaba tan íntimamente unida a Dios que contadas almas hubieran podido imitarla en la mística ascensión del espíritu.

Cuando Dios la vió plenamente sumisa y confiada, se movió a compasión: y una noche, mientras ella se encontraba en íntima oración, se sintió llamar: ¡Rita, Rita!

Quizás un poco temerosa, pues era avanzada la noche, se asomó a la ventana para ver quién podía ser y qué quería, mas no divisó a nadie. Creyendo llamarse a engaño, volvió a sus oraciones, pero poco después la llamada se repitió: ¡Rita, Rita! Esta vez estaba segura de no engañarse. Se incorporó, abrió la puerta, salió a la calle. ¿Quién era? Un hombre de venerable aspecto, acompañado de otros dos. Si hubiesen sido simples mortales, la piadosa mujer o no habría permanecido espantada o hubiera supues-

RITA EN EL CLAUSTRO

Cuando las religiosas, en recogimiento y silencio, descendieron para dirigirse al coro, quedaron estupefactas de encontrar allí a la santa mujer que la Madre Superiora había rechazado reiteradas veces. ¿Cómo había entrado, si el monasterio estaba cerrado de todos lados y no se veían señales de haber sido violentado? Rita, con toda simplicidad narró el hecho milagroso que había premiado su fe y su constancia, y bien le debieron creer, tan evidente era su sinceridad. Rita por un motivo, las monjas por otro, agradecieron vivamente al Señor; aquélla por haber sido tan admirablemente favorecida; éstas por haber ganado un alma que se preveía iba a dar nueva gloria a la orden.

La Superiora—como era costumbre—no habría omitido el hablar a la novicia tan madura de los deberes de las monjas y de los votos que forman la esencia

de la virtud religiosa; pero tanto ella como la maestra de novicias no tardaron en advertir que Rita tenía bien poco que aprender porque estaba muy adelantada en la vida de perfección. Desde niña había aprendido a obedecer en todo a sus ancianos padres, y ya se sabe qué difíciles de contentar son los viejos, siempre con achaques y necesitados de continua asistencia. Había podido obedecer a un marido brutal que la maltrataba y descargaba sobre la inocente sus iras, no pudiendo vengarse de los enemigos.

Rita conoció también la pobreza, porque nacida de humilde condición, debió crecer en una vida austera y laboriosa. Y no pudiendo llamarse pobre en el sentido estricto de la palabra, se volvió pobre voluntariamente, privándose de alimento y de vestido para saciar a los hambrientos y vestir a los desarrapados.

Rita era viuda, pero mucho había amado la virginidad y siempre fué casta. Tenemos una prueba evidente en las gracias singularísimas con que la adornó el Señor y en el don de la contemplación: don que Él no otorga más que a las almas profundamente humildes y celosas de la pureza. A pesar de dotes tan singulares, dicen algunos autores que Rita no habría podido ser admitida entre las monjas del coro porque no sabía leer y no habría podido recitar como las otras el oficio divino. Debió ser hermana conversa, o como se diría en lenguaje corriente, hermana de segundo orden, una especie



de sierva de las monjas. Pero a estar la tradición y el hábito con que fué depositada en el ataúd, parece que subsanaron aquellas deficiencias. Rita fué corista y le fué conmutado el compromiso del oficio divino por otras oraciones ⁽¹⁾. Todo lo cual se llegó a conocer así como el discernimiento de la Madre Superiora y de las consejeras que tuvieron oportunidad de conocer el tesoro que Dios les había confiado; y la extraordinaria estima que la humilde mujer de Rocca Porena se había conquistado en cuanto entró en aquel sacro lugar.

(1) Vannutelli demuestra que Rita no pudo ser conversa, sino que fué hermana corista.

“Observemos —escribe— que antes del Concilio de Trento y por consiguiente en tiempos de Rita, en el monasterio de Santa María Magdalena de Cascia no había para nada religiosas conversas, y que en lugar de éstas se hallaban dos o tres siervas seglares, las cuales no hacían votos religiosos y sólo se obligaban al servicio bajo escritura notarial. Encontramos, además, que tal costumbre duraba todavía en 1639, encontrándose descripta en tal época, en un libro de administración del monasterio, la comunidad en pleno de Santa María de Cascia, donde son mencionadas la Abadesa, la Vicaria, veintidós Madres coristas, tres novicias y dos criadas seglares, en tanto de las religiosas conversas no se menciona palabra”. *Acotaciones a la Historia*, pág. 119.

CAPÍTULO IX

NOVICIADO Y PROFESION

El noviciado es tiempo de prueba y también para las almas escogidas bastante penoso, aun por motivos que parecen santos, por ejemplo, por estar apegadas a ciertas penitencias, a ciertas prácticas devotas de las cuales mal que les pese deberán desprenderse.

¿Quién conoce lo profundo de los corazones? ¿Quién puede adivinar el diverso efecto que ejercen ciertas reglas, ciertas recomendaciones, ciertas prohibiciones sobre el ánimo de las novicias, distintas por índole, por educación, tal vez por nacionalidad y por raza? El noviciado es un crisol que separa lo bueno de lo malo y en el cual se deben casi fundir los corazones de cada cual, dejando algunas características personales para tomar una única forma exterior. Decimos *exterior*, porque varios son los dones del Espíritu Santo, diferentes los caminos que

llevan a la perfección. Aquí se hace más necesaria que nunca la iluminada obra del director espiritual, que conozca muy bien aquello que se denomina discernimiento de los espíritus. Las almas comunes, queremos significar, las que no son favorecidas por Dios con dones especiales son fáciles de comprender porque, sin alejarse demasiado del nivel común, no excitan celos ni sospechas. Pero las almas privilegiadas que temen perder los dones de Dios con sólo manifestarlos o que, obligadas a la obediencia, los manifiestan a quien no es capaz de apreciarlos, están sujetas a la incomprensión y terminan —al menos por algún tiempo— por ser mal juzgadas y aun peor dirigidas. La Ven. Ferrero, muerta hace pocos años en la Visitación de Como, había sido aceptada primeramente entre las Visitadoras de Milán. Alma cándida, franca, expansiva, pronto se abrió a la Superiora, revelándole las gracias especiales que recibiera de Jesús. ¿Con qué resultado? La Superiora, ciertamente por designio de Dios, alarmada por tal grado de virtud, la envió de nuevo a su casa. Y la pobre muchacha rogó y fué aceptada en el monasterio de la Visitación de Como, y aquí también al comienzo se encontró muy mal, pues, temiendo se repitiese el caso de Milán, ocultó sus dones, y la Superiora, no obstante ser buenísima, al no comprenderla la trató durante un año bastante duramente.

Algo similar le tocó vivir a Santa Teresita del Niño Jesús. También ella era un alma delicadísima,

leal, expansiva, pero habituada desde niña a obedecer ciegamente y a mortificarse de todos los modos posibles, padeció incomprensión. La joven novicia de quince años intentó confiar en la Superiora Madre Gonzaga, como en una madre, pero ésta la rechazó. El porte respetuoso y afectuoso pero no servil de la novicia, su única y escrupulosa búsqueda del deber, parecióle orgullo; y presunción se le antojó su energía para cumplirlo. Estimó como un deber el humillarla sin misericordia, no reparando en ella o bien reconviniéndola o apartándola de sí. Teresa sufría y callaba. Y es heroico y edificante ver de qué manera la humildísima hermana, que no encontraba confortación sino en Jesús, da las gracias a la Superiora: "¡Cómo le agradezco, Madre mía, de no haberme tratado bien! Sin el agua vivificante de la humillación, vuestra humilde florecilla no habría podido echar raíces, teniendo en cuenta su fragilidad. El Señor bien lo sabía y a Él, Madre mía, debo este beneficio verdaderamente inestimable".

Teresa no halló mejor correspondencia en la maestra de las novicias, que la comprendió menos todavía: la estimaba, la amaba y creyendo hacerle bien la atormentaba con largas y monótonas exhortaciones, dándole deberes que luego se olvidaba de reclamar a su tiempo.

Podríamos multiplicar los ejemplos; pero creemos que bastan los aportados para que el lector pueda darse una idea, al menos aproximada, de las espinas que encuentran a menudo en la vida religiosa las

almas privilegiadas que se apartan de la vida común.

Los biógrafos de Santa Rita han podido narrar los detalles externos de su vida, pero que yo sepa no se han adentrado en los secretos de su alma. No podemos pues sino basar nuestro trabajo en conjeturas. Mas, pensando en la singular devoción de Santa Rita por Jesús Crucificado y en la ardiente ansia de participar de su Pasión, reflexionando en las singulares virtudes y en las gracias especialísimas que recibiera de Dios, podemos inferir, sin pecar de temerarios, que también ella no fué bien comprendida, y que por esta incomprensión haya debido sufrir penas y humillaciones que purificaron su espíritu. Santa Teresa fué tratada de "niña"; ¿no resulta fácil que Santa Rita, entrada a la religión a los cuarenta años, y avanzada en el camino de perfección, haya sido tratada de "vieja"? Todo es posible en este mundo.

Aun en el huerto cerrado, donde Dios afina sus almas privilegiadas, entra el espíritu de la mentira que sabe transformarse en ángel de luz para engañar a los más expertos. Durante el noviciado, vocaciones que parecían definidas se revelan como mera apariencia y probadas virtudes no lucen como oro sino como oropel. Pero allí se descubren puros tesoros de gracia y también de naturaleza tal que, sabidos cultivar y encauzar, dan resultados imprevistos que dejan pasmado. De los claustros solitarios donde florece la vida contemplativa, salieron los grandes genios del Cristianismo que, concentrando en su per-

sona los rayos de la ciencia conocida e infusa, escribieron obras inmortales o bien, dedicándose a la enseñanza y a la predicación ganaron pueblos enteros a la causa de Cristo, modificando la costumbre y eliminando odios inveterados, pacificando ciudades y ciudades, venciendo obstáculos que parecían insuperables.

Rita, educada en la escuela del Crucifijo, superó ásperas dificultades y se ejercitó heroicamente en las más difíciles virtudes. Practicó la humildad, sofocando los impulsos del amor propio al encargarse de los menesteres más desagradables y fatigosos, creyéndose indigna de vivir entre las vírgenes sacras y considerándose no otra cosa que su sierva; la paciencia, que todo lo soporta, la incuria, las palabras ásperas, las reprensiones inmerecidas, las molestias inherentes a la vida cotidiana, las enfermedades, los acerbos y prolongados dolores; la caridad, por la cual se entregó toda a todos para aliviar cuanto podía las necesidades físicas y morales del prójimo.

Así esta grande alma enriquecía su corazón y lo disponía a recibir de Dios los más señalados favores.

CAPÍTULO X

CARIDAD HACIA EL PROJIMO

A medida que en el corazón de Rita crecía el amor a Dios, al mismo tiempo aumentaba el amor al prójimo, del cual hubiera deseado curar todas las llagas, mitigar todos los dolores. En aquel siglo de fuertes pasiones mas de profunda fe, era común vivir de acuerdo al principio evangélico: nutrir, vestir, cuidar a Cristo en la persona de los pobres. Ningún Padre de la Iglesia era entonces tan leído y estudiado como San Agustín, y acaso ninguno de los Padres y Doctores de la Iglesia lo superó en el explicar clara y repetidamente este principal deber entre los cristianos. Decía a sus fieles de Hipona: ¿Queréis ser salvos en el día del Juicio Final? Haced que Jesucristo pueda decir de vosotros: Tenía hambre y me habéis dado de comer, tenía sed y me habéis dado de beber, estaba desnudo y me vestisteis, me hallaba encarcelado y enfermo y me habéis visitado.

Pero, preguntaréis, ¿dónde está Jesucristo para que lo podamos socorrer? Y el santo Obispo recordaba las otras palabras del Evangelio: Aquello que habéis hecho al más mísero de mis pobres, a mí me lo habéis hecho. Junto a la puerta del templo, concluía, hallaréis a Jesucristo en forma de mendigo.

Y enseñaba que, a semejanza de Cristo, debemos hasta entregarnos nosotros mismos al prójimo.

¡Maravilla pensar cuán fecundas para el bien han sido estas palabras de Cristo! San Francisco comienza su conversión prodigándose con los pobres y curando un leproso; lo imita Santa Isabel de Hungría, que transporta un leproso a su lecho y el leproso desaparece dejando allí un perfume paradisiaco; Santa Catalina de Siena, que durante largo tiempo cuida maternalmente de una mujer depravada, irritable, calumniadora, corroída por un horrible y fétido cáncer. ¿Por qué tanta caridad? Porque en la persona de los pobres y de los infelices veían la persona de Cristo.

Y Rita, que amaba tanto a Jesucristo, no podía sino amar a sus miembros pobres y enfermos. Constituía su delicia continuar el hábito contraído en familia de privarse de parte del alimento recibido de manos de la comunidad para dispensarlo a los indigentes, que por cierto no escaseaban ante la puerta del monasterio, como hoy no faltan ante la puerta de los conventos. Y ya que en aquel entonces la ley de clausura no era tan rigurosa como en nuestros días, la santa mujer, a pesar de ser tan

amante de la soledad y del recogimiento, salía al saber que había desdichados que consolar, enfermos que asistir. Más aún, se había tomado también el trabajo de evitar los escándalos públicos, y sus palabras, inflamadas de la caridad de Cristo, eran tan eficaces como para reducir a penitencia a los más obstinados.

De este modo, entre la contemplación de los asuntos celestiales y el ejercicio heroico de las cristianas virtudes y de las obras de misericordia, Rita se modelaba cada vez más y mejor sobre el divino modelo y se preparaba para recibir el sello de los predestinados, que es el de querer y saber inmolarse por amor de Dios y en provecho de la humanidad pecadora.

CAPÍTULO XI

LA REGLA DE SAN AGUSTIN

La Orden Agustiana es más conocida en sus derivaciones que en sus orígenes y en sí misma. Decimos *en sus derivaciones* puesto que en el propio San Benito, institutor y padre de los monjes de Occidente fundó su Orden sobre las reglas de San Agustín y cerca de mil años después San Francisco de Sales se basó en ella para su Orden de la Visitación.

San Agustín, antes de ser eclesiástico, en el entusiasmo de su reciente conversión pensó modelar su vida sobre la de los primeros cristianos que vivían en hermandad, formando un solo corazón y un alma sola. Había dicho a su madre: No me basta ser cristiano, quiero convertirme en Santo. Y mantuvo la palabra. Y así como había sido desmedido en los yerros de la mente y del corazón, y notable en el ingenio, quiso ser extremado en la santidad. La mediocridad no le agradaba; no habría dicho a sus

discípulos lo que San Francisco de Sales escribía a la santa Madre Chantal: "Nos abandonamos como las palomas que las águilas arrebatan entre las nubes; nos conformamos con volar sobre los tejados; la ruta es menos ardua pero más segura". San Agustín quiso ser y fué águila.

Y así como sus escritos constituyeron el principal tema de estudio de lo sabios de Occidente por todo un milenio, así también su regla monástica fué aquella que a través de toda la Edad Media, hasta el Renacimiento, señaló el camino a las almas ávidas de Dios.

Agustín, pues, volviendo de Milán a Tagaste —pueblecillo de la Numidia— tras su conversión, reunió en torno suyo a los amigos más íntimos para hacer vida en común y dedicarse al estudio de las Sagradas Escrituras y a la santificación de su propia alma. Llamado a Hipona —su ciudad episcopal— para disputar con el herético Fortunato— que en este caso desmintió su propio nombre— se vió allí demorado, luego llamado a ser sacerdote y predicador y finalmente a ocupar la sede episcopal a la muerte de Valerio, para la que se lo había elegido sucesor.

La casa obispal de Agustín volviósse pronto un verdadero monasterio porque él quiso que los sacerdotes y clérigos que viviesen con él estuviesen sujetos a la regla que él había redactado e impuesto a sí mismo.

Esta regla, de gran simplicidad y practicidad,

surgida de una mente poderosa y de un gran corazón, es la que dió origen a la Orden de los Ermitaños de San Agustín.

Hemos visto ya como en los alrededores de Cascia habían buscado retiro monjes para llevar una vida contemplativa en las grutas y en los montes; varios de entre ellos alcanzaron un alto grado de santidad, y fueron precisamente ermitaños que seguían en su espíritu la regla agustiniana.

La Orden Agustiniana no tardó en difundirse por Africa; el ejemplo del santo Obispo de Hipona impulsó a otros obispos a hacer otro tanto; pero con la invasión de los vándalos que sometieron esas regiones, antes tan florecientes, a hierro y fuego, los monjes o sufrieron el martirio o debieron resguardarse en Europa, especialmente en Italia y en Francia, formando diversas Congregaciones que vivían cada una independientemente, hasta que en 1154 el Papa Alejandro IV las reunió en una sola Orden que se llamó Agustiniana, sujeta a un solo Superior General.

La Orden se volvió muy benemérita de la Iglesia, y le dió grandes Santos. Baste citar a San Nicolás de Tolentino, Santo Tomás de Villanueva, dulce y donoso orador del Renacimiento, San Juan de S. Facondo y la Santa cuya historia escribimos. Los Ermitaños de Cascia ensalzan luego al Beato Timón Fidati, célebre orador y escritor; al beato Ugolino de Cascia que, despojándose de todos sus bienes —y

no eran pocos— vivió con gran austeridad, y al Ven. Andrea Casotti: todos los cuales vivieron en el siglo en que nació Rita.

A imitación de los varones, también muchas mujeres quisieron abrazar la regla de San Agustín, contando en Cascia con dos conventos, de los cuales el más observante era justamente el de Santa María Magdalena, en el cual quiso entrar Santa Rita, la cual volvióse el más fúlgido ornamento, siendo llamado ahora por su nombre.

Aquí la quiso Dios, aquí prodigó los tesoros de su generoso corazón y los ejemplares de una vida eminentemente santa, aquí sus restos incorruptos son meta de peregrinaje y de suma veneración.

CAPÍTULO XII

VIDA CLAUSTRAL

Entrada tan prodigiosamente en el monasterio, Rita experimentó ciertamente un sentimiento de libertad, de alivio, de paz; había podido repetir con el Salmista: "El lazo se ha roto y soy libre" de seguir la voz del Señor; aquí hallaré mi reposo, aquí consumiré mi vida. Del mundo nada añoraba y si algún pensamiento tenía para él era para los enfermos de cuerpo y de espíritu, los enfermos y los pecadores.

La toma de hábito no fué ciertamente para ella simple ceremonia, sino el preludio de una transformación interior que el cambio de hábito indicaba, una perfecta dedicación de sí misma, un completo abandono a la voluntad de Dios. La amistad que, al fin de cuentas, no es sino amor, o halla semejantes a las personas amigas o las iguala. Entre las personas humanas que tienen siempre algún defecto, algo que



pueda desagradar a las otras, siempre hay algo que puede sacrificarse en bien común para que la amistad dure; pero cuando se trata de un alma que quiere amar entrañablemente a Dios, solo ella debe sacrificarse porque en Dios, en su Hijo Unigénito encarnado, no hay, no puede haber defecto, siendo Él la santidad esencial. El alma que aspira al divino amor, tiene delante suyo un modelo de infinita perfección y comprende cuán largo y difícil es el camino hacia tanta grandeza; comprende su propia insignificancia y extrae de ella el sólido fundamento de la humildad; comprende cuánto merece Dios ser amado y cuánta es la felicidad que proviene de amarlo, y, sabiéndose débil, sintiendo cortadas las alas y agravadas por el peso del cuerpo, le concede lo estrictamente necesario para no perecer, y tiende con todas las fuerzas del alma a Jesús Crucificado, de quien implora la gracia de amarlo hasta el perfecto sacrificio de sí misma.

Los mundanos, que comprenden cómo es posible sacrificarse por una persona amada, por una idea, por la patria, no comprenden sin embargo como lo es por amor a Dios; y tal vez reputan necia e inútil la vida contemplativa. El lenguaje humano no tiene palabras para expresar adecuadamente las sublimes elevaciones del espíritu, pero quien prueba la embriaguez es capaz de elevarse tanto que no lo puedan alcanzar los más célebres sabios.

Rita, que podía decir con el Apóstol: He muerto para el mundo y el mundo ha muerto para mí, llegó

bien pronto a un alto grado de contemplación.

No era de esas almas devotas, que en tanto se encuentran en el mundo parecen adornadas de las más bellas virtudes pero que, una vez entradas a la vida religiosa, no las pueden sostener, porque están habituadas a reglarse por sí solas; almas que acaso buscan directores espirituales que les den la razón en todo y no saben dominarse. Rita estaba acostumbrada a dejarse dirigir; era insignificante ante sus propios ojos, era de esas almas que hacían decir a Jesús: Te agradezco, oh Padre mío, que hayas escondido estas cosas a los prudentes y a los sabios y las hayas revelado a los párvulos...

El demonio tienta siempre las almas predilectas de Dios, y tejió insidias también en torno a nuestra Santa; le decía que la vida religiosa no se había hecho para ella y que más le valía volverse al estado seglar. La animosa mujer respondió que se había consagrado a Dios para siempre y que hacia Él conservaría inviolada fidelidad.

También la tentó el demonio apareciéndosele bajo el aspecto de un joven lascivo que la invitaba a pecar, pero Rita echó mano al látigo con el cual solía disciplinarse y lo hizo huir avergonzado a fuerza de azotes.

Dirigía luego los golpes sobre sí misma; cuando se presentaban a su fantasía imágenes obscenas o seductoras, se hallaba pronta a poner un dedo sobre la llama de una candela; o bien, en invierno, a revolcarse en la nieve o el hielo para extinguir hasta la

última chispa de la concupiscencia. Acostumbraba flagelarse tres veces al día; la primera, por más tiempo, en sufragio de los difuntos, con cadenas de hierro; la segunda, con látigo, por los bienhechores; la tercera, con cuerdas, por todos los pecadores. Parecía que el demonio en persona recibiese estas mortificaciones, a tal punto se esforzaba en impedir las, insinuándole que ello significaba querer darse muerte. Pero Rita no se dejaba seducir, respondiendo con San Pablo: Castigo mi cuerpo para convertirlo en esclavo. Y a quien le preguntaba a dónde iba cuando se retiraba para disciplinarse, respondió: Voy a quebrantar el atrevimiento del enemigo y a tomar armas contra él. Llevaba siempre puesto un cilicio y las vestiduras sembradas de espinas que le laceraban las carnes.

La tentaba asimismo con el orgullo y la rebelión, y también en este terreno fué vencido totalmente; y Dios quiso premiar la virtud de su sierva con un milagro perenne. He aquí el hecho.

La Superiora, para poner a prueba la obediencia de la buena novicia, mandóle regar día y noche un árido tronco, probablemente un sarmiento ya destinado al fuego. Rita no opuso inconvenientes y héla aquí, desde la mañana a la noche, con admirable sencillez, consagrada a su tarea, mientras las hermanas la observaban, quien con edificación, quien acaso con una sonrisa irónica, según el carácter. La cosa duró bastante tiempo, en apariencia inútil y ridícula, pero permitíale ganar a la buena novicia te-

soros de méritos para el cielo. Sin embargo, un buen día las hermanas debieron abrir tamaños ojos: la vida —de la cual Dios es el único autor— había retornado a aquel tronco seco que echó brotes y hojas y se transformó maravillosamente en una hermosa viña que, a su tiempo, produjo exquisita uva, enviada luego para regalo del Papa, de los Cardenales, de los Príncipes, de los benefactores del monasterio.

“La vid milagrosa del huerto conventual, dice Nediani, sirve también para testimoniar la obediencia de Santa Rita”. La uva que ella produce viene bendecida y por su intermedio, con las invocaciones de la Santa, se obtienen señaladas gracias.

Este hecho nos recuerda a San Pedro de Alcántara, quien prodigiosamente obtiene comida para sus hambrientos cofrades y que, plantando en la tierra su bastón, lo ve crecer rápidamente y transformarse en frondosa higuera. Y Santa Francisca Romana que, en pleno invierno, para calmar la sed de algunas hermanas que se encontraban con ella por el campo ocupadas en recoger leña, obtuvo del Señor uva fresquísima brotada de sarmientos sin hojas.

De este modo premia el Señor la fe de sus hijos más queridos.

CAPÍTULO XIII

EL SELLO DE CRISTO

El culto que predominó en la Edad Media fué el de la Cruz. El cristianismo, amenazado de una parte por el paganismo —duro de extirpar—; de la otra por los bárbaros que bajaban desde el septentrión hacia Roma, para hacerle pagar caro el dominio de tantos siglos, tenía los ojos fijos en la Cruz, que había brillado sobre el lábaro de Constantino con promesa de segura victoria. Y cuando la Iglesia, merced al divino fermento de la fe y de la gracia de Cristo, hubo amansado y civilizado a los bárbaros de septentrión, he aquí la peligrosa acometida desde Oriente sobre Europa, Africa y Asia de los turcos, que en poco tiempo invadieron tantas florecientes regiones y destruyeron la cristiandad, ya ilustre por haber dado a la Iglesia un fuerte haz de doctores y de mártires.

Lo que hirió más profundamente el corazón de los cristianos fué la toma de Palestina, de los lugares santificados por la vida y muerte de Cristo, especialmente el Santo Sepulcro.

Sumos Pontífices, Reyes, Príncipes y pueblos cris-

tianos ya no tuvieron paz, y sin tregua, repetidas veces en varios siglos, armaron ejércitos y emprendieron expediciones para recuperar los santos lugares de manos de los infieles. Estas expediciones, fracasadas en su mayoría, se denominaron *cruzadas*, porque todos los combatientes llevaban por divisa la cruz. Las tentativas de los cristianos, más o menos intensas, duraron del año 1000 al 1600; después de esa época, el peligro turco fué decreciendo pero, por justo fallo de Dios, después de tantas guerras y vicisitudes la media luna dominó todavía sobre la Ciudad Santa, aunque bajo el control de las naciones cristianas.

Impulsado por el amor a Jesús Crucificado, también San Francisco de Asís partió en 1219 con los Cruzados hacia Oriente, con el intento de convertir nada menos que al Sultán de los Turcos o de dar la vida por Jesucristo. La empresa no tuvo éxito, pero el amor a la cruz atormentaba siempre, como se percibe en aquella su admonición a sus hermanos: "Nadie debe ensoberbecerse sino tan solo gloriarse de la Cruz del Salvador". El concepto es de San Pablo. Y a menudo vuelve en diversas formas bajo su pluma. Y tan profundamente lo había grabado en su corazón San Francisco, al punto de no permitir que los frailes menospreciasen dos briznas de paja o dos trocitos de madera cruzados. Este amor suyo por la Cruz y la perpetua meditación sobre el Crucifijo le valieron recibir en su cuerpo los sagrados estigmas y las llagas de las manos, de los pies y del costado, que

le dieron una prueba de lo que Jesús ha padecido por nosotros.

Cascia no dista mucho de Asís, y Rita vivió poco más de un siglo después que San Francisco. Asimismo ella experimentó un ardiente amor por la Pasión del Señor, que constituía el tema preferido de sus meditaciones; también ella deseaba ser, al menos en parte, señalada por la Cruz de Cristo; mas tal vez, en su profunda humildad, no se creía digna. “Pero—dice de ella el biógrafo Cavallucci— se sumía tanto en esta meditación que a veces parecía perder los sentidos, y a menudo las monjas la encontraban en tal estado de abandono de antojárseles muerta”.

Finalmente Jesús la quiso favorecer y se valió de una circunstancia especial.

En 1443 llegó a Cascia para predicar la Cuaresma, San Jacobo de la Marca, amigo y compañero de apostolado de esos grandes discípulos de San Francisco que fueron San Bernardino de Siena y San Juan de Capistrano. Su verbo, surgiendo de un corazón apostólico, penetraba los corazones y los atraía a Dios; pero la prédica sobre la Pasión de Cristo fué de una eficacia singular, especialmente para Rita que se había hecho presente con las demás monjas; cosa entonces posible porque la clausura no era entonces tan rigurosa como al presente.

Vuelta al convento, todavía grandemente conmovida por cuanto había escuchado, se postró ante una imagen del Crucifijo que se encontraba en una capilla interna vecina al coro, y suplicó ardientemente

al Señor Jesús a fin de que se dignase hacerla participar de sus dolores. Y he aquí que una espina, desprendiéndose de la corona del Crucifijo, vino en su dirección y se le clavó en la frente tan profundamente y con tanto dolor, de hacerla caer desmayada y casi muerta. Nadie se encontraba presente cuando tuvo lugar el hecho, nadie la asistió cuando volvió en sí; pero la llaga estaba allí, para atestiguar el doloroso favor divino. Para quienes pensasen atribuir el hecho a una causa humana y accidental, desde ya les respondemos que no sólo haría pasar por ingenuos y mentirosos a todos los historiadores dignos de fe que han narrado el hecho, sino también que el Cielo mismo se dignó dar más tarde otras e indiscutibles pruebas de la verdad. Lo veremos a su tiempo.

Al dolor quiso agregar Jesús la humillación y el apartamiento. En tanto las llagas de San Francisco de Asís y de otros Santos eran del color de la sangre sana y no repugnantes, la de Rita se cambió en llaga purulenta y fétida, de manera que la pobre paciente, para no apestar la casa, fué apartada en una celda alejada, donde una monja le llevaba lo necesario para vivir. Cuando se piensa que Rita llevó esa llaga por espacio de 15 años, que siempre fué en extremo dolorosa y que le ocasionaba bastantes molestias, aun en el reposo; y que ella la sobrellevó no solo con paciencia sino también con gratitud hacia Quien la hacía sufrir tanto, no se puede menos de admirar la constancia, el amor, el sacrificio, y de contarla en el número de los elegidos.

La divina embriaguez de la Cruz

Aquí se presenta un fenómeno que merece destacarse. La naturaleza humana rehuye instintivamente el dolor; esto no tiene necesidad de ser demostrado. Basta pensar en los infinitos remedios que hay y que se inventan continuamente para curar las enfermedades y prolongar la vida.

¿Cómo es, entonces, que siempre hubo y hay todavía, almas que no solamente no esquivan el dolor sino que lo buscan ávidamente, como la gran mayoría busca el placer?

Es cuestión de puntos de vista. Quien no tiene fe o la tiene muy escasa, se afana por crearse un lugarcito cómodo en la vida presente y dice con los incrédulos de los que habla Salomón: Coronémonos de rosas antes que se marchiten, porque moriremos pronto. Coger el momento que huye; gozar cuanto es posible; que sea luego lo que sea; del mañana no me preocupo.

Mas quien tiene fe, en especial quien la tiene vital, activa, quien vive con fe razona de muy distinta manera.

Ese sabe y medita en las palabras del Apóstol de que nuestra residencia en la tierra no es permanente, que nuestra patria está en el Cielo: que no debemos acumular riquezas que los ladrones —¿y quién lo es más que la muerte?— nos puedan robar, sino aquellas que no nos puedan ser quitadas, esto es, el mérito de las buenas obras: aquel que ama demasiado la vida

presente arriesga el perder la vida eterna. Meditemos aún en las otras palabras de Cristo: Quién quiera marchar en pos de mí que tome su cruz y me siga. Y temiendo que las seducciones del mundo puedan debilitar y postrar las fuerzas del alma, que los instintos del cuerpo ahoguen las virtudes del corazón, digamos con San Pablo: Castigo mi cuerpo y lo convierto en esclavo del alma para no terminar entre los réprobos.

El primer motivo por el cual el que tiene fe se abstiene de los placeres y mortifica la propia carne es pues el de salvar el alma ganándose la vida eterna.

Y eso es lo que hacen y deben hacer los verdaderos secuaces de Cristo. Pero las almas más generosas no se limitan a esto sólo. Entrando en la divina economía de la redención, saben que como en el mundo se perpetúa el pecado, así también se debe perpetuar la expiación; saben que Jesús Redentor sufrió en su cuerpo real cuanto se podía sufrir, pero que todavía debe sufrir hasta la consumación de los siglos en su cuerpo místico que es la Iglesia. Por consiguiente, no solo aportan con perfecta resignación las penas físicas y morales que acompañan nuestra pobre existencia, sino quieren hacer más aún: unirse a los dolores de Cristo y *expiar por los otros*. Son las víctimas voluntarias que, habiendo comprendido la palabra de Jesús: *Sitio* tengo sed de almas, quieren procurárselas a todo precio.

San Pablo interpretó cabalmente este concepto cuando escribe a los Colosenses: "Yo, al presente me

gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo, en pro de su cuerpo, el cual es la Iglesia". Las cuales profundas palabras San Agustín las explica así: "Jesús consumó su Pasión, pero estos padecimientos fueron de Jesús, como cabeza del cuerpo místico, faltaba que Cristo padeciese en el cuerpo, y este cuerpo sois vosotros. El Apóstol, sabiéndose miembro de este cuerpo, dijo: "Doy cumplimiento, en mi carne, a aquello que queda (por sufrir) de los padecimientos de Cristo".

Hubo siempre almas generosas que, como el Apóstol Pablo, podían decir: Llevo en mis miembros los estigmas de la Pasión de Cristo; y sienten la utilidad y el deber de expiar por sí y por los otros. Pero los estigmas exteriores aparecen especialmente en San Francisco de Asís, que fué herido en las manos, en los pies, en el costado, por rayos de luz y de agudo dolor que partían de Jesús Crucificado.

Este mismo favor obtuvo Santa Catalina de Siena, la cual rogó a Jesús le dejara el tormento de las heridas, pero no dejando traslucir los signos exteriores. Jesús mismo la había educado en el dolor, diciéndole: "Si tú quieres volverte fuerte, capaz de vencer todo poder enemigo, toma tu cruz para tu alivio, como he hecho yo que, según el Apóstol, me he lanzado con regocijo a la cruz; esa cruz tan humillante y tan dura; vale decir, antepone las penas y las aflicciones no solamente para sostenerla con paciencia sino también para abrazarla como consuelo.

Y verdaderamente es así; ya que cuando más tus penas son por causa mía, tanto más se vuelven conformes a mí. Que si tú me vuelves conforme en los padecimientos, en consecuencia, según la doctrina de mi Apóstol, serás necesariamente semejante a mí en gracia y en gloria. Toma, pues, hijita mía, por mi causa, aquello que es tan dulce como amargo y no dudes que después seas más fuerte en toda ocasión”.

Y de Santa Francisca Romana escribe el historiador Rohrbacher: “Cuando ella meditaba sobre la Pasión del Salvador, se afectaba tan profundamente y vertía tantas lágrimas, que la nuera y su camarera temieron muchas veces que se muriese de dolor. Dolor que no sólo le penetraba el alma sino también el cuerpo. Si pensaba en los pies y en las manos del Salvador traspasados de clavos, sentía sus propios pies y manos tan doloridos al punto de no poder emplearlos en nada. La corona de espinas le ocasionaba una corona de dolores en la cabeza; la flagelación le dejaba los miembros resentidísimos. Si en medio de esta contemplación dolorosa caía en éxtasis, sus pies y sus manos destilaban sangre. Meditando sobre el abierto costado del Salvador, le quedó el pecho cubierto de llagas. Y tal sufrimiento duróle largo tiempo: le salía un humor semejante al agua”.

Quien quiera sutilizar y explicar todos estos fenómenos con la sugestión y con el histerismo, hágalo no más; pero siempre quedarán aquellos que fueron, son y serán almas a las cuales Jesucristo ha dicho, y no en vano: Quien quiera marchar en pos de mí que

tome su cruz y me siga. A estas víctimas ocultas debe el mundo no tener los castigos que se merece por sus faltas y por la rebelión contra Dios.

¡Ay de vosotros que reís ahora, dice el Divino Maestro, porque lloraréis después!

De este modo se preparaba la Santa para la profesión religiosa.

CAPÍTULO XIV

LA PROFESION RELIGIOSA Y LA MISTICA ESCALA

La vida cristiana, en concepto del Apóstol San Pablo, es un nacimiento seguido de una ascensión, premiada con la gloria. Había dicho Jesucristo a Nicodemo: Si uno no renace en el agua y en el Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios. Quería referirse al Bautismo, por el cual el hombre, después de haber nacido a la vida presente, renace a la gracia y se pone en camino para la vida eterna. Hecho cristiano, debe seguir los ejemplos de Jesucristo, imitándole en las virtudes, y en esta imitación él va creciendo de virtud en virtud, y multiplicando las buenas obras y ascendiendo hacia el Cielo. Si eso debe hacer todo cristiano, lo debe efectuar, con razón, quien abraza la vida religiosa, proponiéndose



observar no sólo los Mandamientos de la ley, sino también los consejos que Nuestro Señor da a quienes quieran seguirlo más de cerca en la vida perfecta.

Recordamos todo esto para ponernos a hablar de una visión que tuvo Rita no bien hecha la solemne profesión con la cual se consagró irrevocablemente a Dios y fué inscripta entre las monjas agustinas.

Resulta imposible expresar en humano lenguaje a qué extremos había llegado entonces su felicidad: haría falta conocer el altísimo grado de perfección que había alcanzado y cuál fué su íntima unión con Dios. Lo cierto es que la noche que siguió a su entera consagración a Dios, en tanto se hallaba en dulce contemplación agradeciendo al Señor por la gracia recibida, vió una escala que desde la tierra ascendía hasta el Cielo, y en su extremo sentado a Jesucristo. Iluminado por divina luz, en seguida entendió que Jesús la invitaba a escalarla generosamente. Y así como no se alcanza la gloria más que a través de la humillación y el casi anonadamiento de sí, ella, que desde los más tiernos años había sido devotísima de Jesús Crucificado y había deseado padecer, desde ese momento lo deseó más vivamente todavía.

Un día, mientras escuchaba la Santa Misa, oyendo leer el Evangelio, le quedaron fuertemente impresas las palabras de Cristo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", y penetró tan fuertemente su sentido al punto de casi experimentar un abrasamiento de amor por Dios. Por lo cual el Señor favorecía a su fiel sierva y la hacía ascender la mística escala que

se le había aparecido en la visión. La humilde Hermana buscaba disimular los favores del Cielo; pero primero las cohermanas, luego el pueblo de Cascia llegaron a conocer su santidad y el poder que tenía sobre el corazón de Dios.

Las rejas del monasterio no se hallaban tan cerradas como para que no puedan penetrar las noticias del mundo, sin daño para el recogimiento y la piedad. El locutorio en el cual los parientes y amigos convinieron en visitar a las monjas, no agradaría ciertamente a Santa Teresa de Jesús, la gran reformadora del Carmelo. Pero no es nada raro que de él partan santos ejemplos, saludables exhortaciones e iluminados consejos. La misma Santa Teresa desde el locutorio logró reconducir a Dios a un cura extraviado; y sabemos que, especialmente en el siglo xvii, los locutorios de la Visitación veían acudir príncipes y hombres de Estado, princesas y reinas, sacerdotes y obispos para encomendarse a las oraciones de las devotas enclaustradas y tomar consejo para las contingencias más difíciles de la vida.

Rita, tan amante de la pobreza, de escoger para sí las vestiduras más desgarradas y remendadas; tan sobria en el comer, de no tomar más que lo indispensable para no faltar a sus deberes; tan obediente como para ser tomada casi por necia, de seguro por simplona; tan amante de la penitencia de desear padecer con Cristo y por Cristo; tan unida a Dios, de ser por él iluminada para conocer las divinas perfecciones como sólo las pueden conocer las almas con-

sumidas en la caridad, volvióse pronto no sólo la admiración de las cohermanas sino de la ciudad entera. El buen olor de Cristo se difundía con inmenso provecho por la comunidad, haciendo renacer el espíritu religioso, y sus plegarias obtenían milagrosas conversiones y curaciones estupendas. La antorcha había querido ocultarse tras el almud (como en la parábola evangélica) pero Dios no tardó en hacerla resplandecer con las luces de la santidad.

CAPÍTULO XV

EL JUBILEO DE NICOLAS V

El 29 de febrero de 1447, tras haber buscado en toda forma de pacificar la Iglesia y de volver de nuevo a su seno a los cismáticos orientales y en especial a los griegos, rendía santamente el alma a Dios el Papa Eugenio IV, asistido por San Antonino, arzobispo de Florencia. Le sucedió sobre el trono pontificio el Cardenal Tomás Parentucelli de Sarzana, que tomó el nombre de Nicolás V. Hombre de notable ingenio y de gran corazón, sin tardanza se aprestó a reparar las ruinas que en Roma había acumulado la desidia de los partidos, especialmente durante la residencia en Aviñón. León Bautista Alberti y el Bramante, insignes arquitectos, prestaron su iluminada colaboración; y fué llamado a Roma el Beato Angélico, el insuperado pintor de Madonas y de Angeles que él quizás veía en la contemplación antes de trasladarlos al lienzo.

Pero las ruinas morales eran mucho más acentuadas que las materiales y más difíciles de reparar: y el Pontífice pensó abrir el indefectible tesoro de las

indulgencias, promulgando el Jubileo en el Año Santo 1450. La noticia produjo inmenso júbilo y un sentimiento de consuelo y esperanza en todos los corazones. Séanos permitido aquí citar de Nediani una página de Gregorovius, que en su *Historia de Roma*, escribe: "Como, pues, en el año 1450 reinaba la paz en Italia, Nicolás, más precavido que casi todos los Pontífices que le habían precedido, pudo celebrar el año Jubilar y significar al mundo que ese Papado cuya autoridad se había combatido, continuaba siendo el centro de la república cristiana y que el Papa era su Jefe universal. La afluencia de los peregrinos fué tan grande que un testimonio ocular la compara a espesas bandadas de pájaros y a un bullente hormiguero. Un día, fué tanta la aglomeración sobre el puente de Sant'Angelo que murieron doscientas personas, unas aplastadas y otras precipitadas en el Tévere; para impedir que tales calamidades se repitiesen el Papa mandó demoler casas y abrir una plaza delante de San Celso. Una extraordinaria multitud de sacerdotes, de monjas, de frailes vestidos en toda forma invadió Roma y aportó junto a una gran piedad y penitencia, los vistosos colores de los más diversos hábitos, de las más variadas túnicas, de las más pintorescas cogullas. Especialmente las monjas, no estando entonces en vigor la rígida clausura del Concilio de Trento, tomaron como un deber el peregrinar a Roma para ganarse las santas indulgencias, proporcionando un espectáculo maravilloso y devoto, admirable y conmovedor".

Un gentío tan desbordante, por cierto representaba una ingente suma de sacrificios y demostraba a qué punto el mundo sentía la necesidad de ser perdonado y de vivir en paz.

Para llegar a la Ciudad Santa, los peregrinos debían afrontar incómodos caminos y trasponer una infinidad de montes y colinas. La ruta propiamente dicha de los *romeros*, es decir la que tomaban los peregrinos de septentrión, pasaba por Ferrara, Rimini; luego se dirigía hacia Foligno, Spoleto, Rieti. Quien la recorre hoy en una cómoda cabina de ferrocarril se deleita enormemente con ese desfilar de colinas verdecidas, con esas ciudades, castillos, aldeas encaramadas, viendo de cuando en cuando las aguas del Nera, del Aniene y del Tévere, que se atraviesan a menudo sobre peligrosos puentes. Pero en 1450 la gran mayoría de los peregrinos efectuaba el largo viaje a pie, expuestos a las inclemencias del tiempo, trepando fatigosamente por senderos de cabras y buscando el vado de los ríos. Era preciso tener gran fe y piedad para afrontar tantas penurias y había quien perdía la vida.

La noticia del Jubileo, como es de imaginar, impresionó también a las monjas de Cascia, muchas de las cuales evidenciaron vivo deseo de marchar. Era una espléndida ocasión para ganar las indulgencias y tal vez —¿por qué no decirlo?— de ver Roma, al Papa, las majestuosas basílicas, las catacumbas y los lugares santificados por la sangre de los mártires. Roma, el sueño no sólo de los poetas, de los arqueó-



logos, de los historiadores, sino también de los artistas y de los Santos; museo inmenso que nos habla de tres civilizaciones que se sucedieron dejando allí vestigios imborrables.

Por cierto Rita no fué de las últimas en solicitar el permiso de peregrinar a la Ciudad Eterna. No ya porque ella, habituada a contemplar el cielo y a retener las cosas con los ojos de la fe, ansiase recrear su mirada sobre los restos de la Roma pagana, sino para purificarse cada vez más, para tener la bendición pontificia y en especial para venerar las insignes reliquias de la Pasión de Cristo. Había, sin embargo, un gran inconveniente. La pobre hermana se había reducido a vivir retirada para no apestar la casa y no dar repugnancia con la llaga fétida y verminosa de la frente. Ya era un milagro que pudiese vivir así, pero de esos milagros que ninguno desea contemplar.

Y cuando ella humildemente pidió a la Superiora el permiso, más bien —como se dice en estilo monacal— la obediencia de trasladarse a Roma, se le contestó que con aquella herida en la frente era imposible dejarla ir. La Santa no se descorazonó, sino que, con aquella fe que transporta los montes y con aquella filial confianza a la cual nada se niega, rogó a Jesús la gracia *humanamente imposible*. Suplicó que, aún quedándole el dolor, la herida desapareciese hasta tanto ella hubiese vuelto de Roma; la herida desapareció y Rita partió con algunas cohermanas.

CAPÍTULO XVI

VIAJE Y DOCUMENTOS ESPIRITUALES

Las piadosas peregrinas, apoyadas en el fiel bastón, se encaminaron hacia Ruscio, para alcanzar Roma por el camino entonces más frecuentado, que baja hacia Rieti, atraviesa el ríoarno, por el valle del Nera, desciende a Rieti y luego, siempre ondulado y más tarde áspero prosigue hacia Roma. Podemos imaginarnos fácilmente la vida que hacían aquellas pobres hermanas. Caminar hasta el cansancio, pasar el tiempo en oraciones y piadosas conversaciones, pernoctar en alguna aldea acogidas por la caridad de la buena gente. El deseo de alcanzar la Ciudad Eterna apuntalaba sus fuerzas y las estimulaba a seguir adelante. Pero sobre todo les infundía valor el ejemplo de Sor Rita, la mayor —tenía setenta años— pero la más dispuesta a la fatiga y al sacrificio.

La Superiora había entregado a cada una de las

religiosas un poco de dinero para las eventuales necesidades. Mas Santa Rita no lo podía sentir encima: le parecía un peso insoportable, que tuviera algo de profano, de inconveniente para quien había hecho voto de pobreza.

Y un día que una de las hermanas expresó el temor de que el dinero que tenían no bastase para subvenir a las necesidades, al atravesar un torrente, tal vez sobre un madero, arrojó desdeñosamente su dinero al agua. Las otras monjas quedaron desalentadas por aquél acto aparentemente insensato pero Rita las supo consolar llamando en su ayuda al Evangelio y poniéndose en manos de la Divina Providencia. Evidentemente no era la humana prudencia sino el Espíritu del Señor el que la guiaba. Al ejemplo Rita añadía la exhortación: “¿Comprendéis, oh hermanas, si el mundo nos viera provistas de dinero, qué concepto se formaría de nosotras? Mas si sabemos despreciar las riquezas y mostrarnos verdaderas amantes de la pobreza, nos tendrá en gran estima. El ser pobre, el no cuidarse del cuerpo, así como el tratarlo rudamente, ayuda a refrenar la sensualidad”. Y no era tal de predicar bien y obrar mal; se mostraba perfecto modelo de toda virtud.

Aunque iletrada, había sido nombrada por la Superiora, directora de la pequeña comitiva y —agrega Cavallucci— les hablaba del amor a la clausura, al retiro, al recogimiento espiritual, las exhortaba a ser sobrias en el hablar, modestas en la mirada, a no detenerse a conversar con éste y con aquél, para

no exponerse al peligro de grave pecado y de poner en peligro el respeto por el monasterio. Y cómo practicó ella lo que enseñaba lo demuestra su ardiente espíritu de mortificación.

No olvidemos el continuo sufrimiento de la espina que le había traspasado el frontal. La asidua meditación en el Crucifijo había penetrado tan profundamente el corazón de Rita al punto de producirle una inextinguible sed de padecimientos. Los cuales soportaba ella no sólo para asemejarse al divino ejemplar, sino por el mismo motivo por el cual Él había padecido, esto es, para resarcir la divina majestad de los ultrajes que continuamente recibe y para la conversión de los heréticos, de los cismáticos, de los infieles y de los pecadores. Habiendo penetrado de lleno el maravilloso dogma de la Comunión de los Santos, sabía que sus ruegos y sus mortificaciones contribuían a la conversión de los vivos y al alivio de los difuntos; al considerar la cantidad de los extraviados y de las almas purgantes, siempre le parecía hacer poco; como si sus padecimientos fuesen una gota de agua sobre una desmesurada hoguera. Sólo a la luz de estos hechos se comprende la inextinguible sed de expiación de la generosa mujer.

CAPÍTULO XVII

EN ROMA

De cualquier parte que uno llegue hoy a la Ciudad Eterna, con el ojo habituado a las ondulaciones de las colinas que la rodean o a la campiña romana, que ahora va perdiendo el secular aspecto de desolación, queda impresionado por la enorme cúpula que el genio de Miguel Angel proyectó sobre la Basílica de San Pedro. Ella domina regiamente la ciudad, que fué y sigue siendo reina del mundo, tal como un inmenso baldaquino que cubre los restos mortales del humilde pescador de Galilea al cual Cristo confió el gobierno espiritual de las almas.

Pero cuando Rita y sus compañeras llegaron a Roma por la vía Flaminia y entraron por la Puerta del Pópolo, esa cúpula no se alzaba aún, aunque ya hubiese nacido quién la debía idear y construir con romano brío.

Quedaba en pie todavía, mas decrepita y en peligro de ruina, la majestuosa basílica de cinco naves

consagrada el 18 de noviembre del año 326 por el Papa Silvestre. A ésta enderezaron sus pasos nuestras devotas peregrinas, para comenzar las visitas jubilares por la tumba de San Pedro. Confundidas entre la muchedumbre, no hay modo de expresar con qué sentimiento se postraron sobre esa piedra que les recordaba las palabras indefectibles de Cristo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las potencias infernales no prevalecerán jamás contra ella.

Durante el Jubileo se acostumbra mostrar en San Pedro dos insignes reliquias de la Pasión de Cristo, esto es, la lanza con la cual Longino desgarró el corazón de Jesús y la imagen que Jesús dejó sobre el lienzo presentándole por una pía mujer mientras ascendía al Calvario. Esa mujer tuvo por tradición el nombre de Verónica; en tanto Verónica es propiamente esa imagen y significa *verdadera imagen*.

Es probable que Dante, el más inminente de los poetas italianos, haya participado en el Jubileo dado por el Papa Bonifacio VII en el año 1300, y en el canto 31 del *Paraíso*, de este modo hace alusión a la Verónica:

Quale è colui che forse di Croazia
Viene a veder la Veronica nostra
Che per l'antica fama non si sazia,

* Y como él viene de la Crocia, || de Verónica a ver la imagen nuestra, || por su fama, y de verla no se sacia; || y se dice entre sí, mientras se muestra: || ¡Jesucristo, Dios mío verdadero! || ¿Es verdad que así fué la cara vuestra? (Traducción cast. Bmé. Mitre).

Ma dice nel pensier, fin che si mostra:
Signor mio Gesù Cristo, Dio verace,
Or fu sì fatta la sembianza vostra? *

¿Quién podrá imaginar los sentimientos de Rita al contemplar esa figura, ese rostro tan afligido, hinchado por las bofetadas y por las llagas y todo cubierto de sangre?

Y no es improbable —podemos suponer que en los monasterios se leyese entonces, más que en nuestros días, las Sagradas Escrituras— que Rita recordase el vaticinio de Isaías: "...no hay buen parecer en Él, ni hermosura: verlo hemos, mas sin atractivo, para que lo deseemos.

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y como que escondieron de Él el rostro, fué menospreciado y no lo estimamos.

Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Mas Él fué herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre Él; y por su llaga fuimos nosotros curados". (Is., LIII, 2-5).

No menor impresión debe haber causado en Rita la visión de la lanza que abrió el costado del Salvador tan ampliamente como para poder pasar una mano. Lo que se revela en las palabras de Santo Tomás, el apóstol incrédulo: "Si no meto mi mano en su cos-

tado, no creeré” y en la respuesta de Jesús: “Mete aquí tu dedo y examina mis manos; acerca también tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo sino fiel”. Esa lanza hacía revivir en la imaginación de Rita la dolorosa Pasión de Cristo y le revelaba los tesoros de infinito amor del Corazón de Jesús.

No menos preciosas son las otras reliquias de la Pasión de Jesucristo, conservadas en la Basílica de Santa Croce en Jerusalem: tres trozos bastante grandes de la auténtica Cruz, uno de los clavos de la crucifixión, dos espinas de la corona dolorosa que traspasó la divina Cabeza, la tablilla hecha clavar por Pilato con la escritura en caracteres hebraicos, griegos y latinos: Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. Y luego la escalinata santa del pretorio de Pilato, por la cual pasó Jesús goteando sangre después de la flagelación y que se asciende de rodillas. Quien esto escribe ascendió muchas veces, conmovido hasta las lágrimas, esperando que se moviesen los que estaban delante, empujado por los que venían detrás, porque especialmente en ocasión de los jubileos, el gentío se renueva incesantemente. Y ese enorme Crucifijo que se ve en lo alto de la extensa escalinata, ¿no parece decir: “Quien quiera venir en pos de mí que tome su cruz y me siga?”.

Roma, especialmente en tiempos de Santa Rita, en los cuales tantas magnificencias de la antigua ciudad habían desaparecido, y no había llegado aún el Renacimiento para darles nuevo esplendor, era toda ella un amplio monasterio, con sus vetustas

basílicas, con las antiguas y recientes memorias de los Santos que la habían ilustrado, con las catacumbas y las insignes reliquias de los Mártires, en San Lorenzo al campo Verano, en Santa Práxedes en Santa Inés, en San Sebastián y en otros lugares a los cuales los devotos peregrinan todavía. Y luego, ¡cuántos recuerdos en el Coliseo, donde parece que a la llegada de los orantes peregrinos vuelve a fluir la sangre de los Mártires y se remueven sus huesos un día torturados!

Narramos estas cosas no con la pretensión —que sería insensatez— de describir las maravillas de la Roma cristiana, sino para que al lector le sea posible imaginar la intensidad de la vida espiritual vivida en esos días de Rita y sus compañeras.

A todo eso se agrega la presencia del Sumo Pontífice y sus piadosas exhortaciones; y el hallarse en la ciudad universal de tantas almas tan santas que, quizás no conociéndose personalmente se edifican recíprocamente. Santa Francisca Romana había muerto pocos años antes; sin embargo estaban San Diego de Cádiz, Santa Catalina de Bolonia, San Juan de Capistrano y San Jacobo de la Marca, que Rita conocía perfectamente, desde que la había conmovido tan profundamente con su sermón sobre la Pasión de Cristo.

La humilde monjita de Cascia, entrando en la Basílica de San Pedro, ¿se habrá postrado para besar el umbral de la puerta santa que se abre sólo en los años jubilares? ¿Quién se habrá imaginado que

esa pobre mujer, vieja, delgada, humildemente vestida, perdida entre la multitud, habría sido elevada luego, en la misma basílica restaurada, al honor de los altares?

Durante el Año Jubilar, el Sumo Pontífice Nicolás hizo solemnemente la canonización de San Bernardino de Siena. Nuestras peregrinas no habrían faltado por cierto a esa ceremonia que atraía siempre verdaderos aluviones de gente. Cuatrocientos años después, la misma ceremonia, y con no menor pompa, ha de verse celebrada por la humilde hermana que llevaba sobre la frente el sello de Cristo.

CAPÍTULO XVIII

HACIA LA CONSUMACION DE LA VICTIMA

Cumplidas las visitas para la gran indulgencia, visitados los lugares sacros de Roma, las devotas peregrinas se decidieron al regreso.

di ritroso fanciul tenendo il metro,
quando la madre ai suoi trastulli il fura,
che il pie' va lento innanzi e l'occhio indietro. *

(MONTI: *La Basvilliana*).

Las cosas vistas, las cosas oídas las habían inflamado de sacro entusiasmo, y no podían dejar la santa ciudad sin pesar, sin volverse de cuando en cuando atrás en tanto estuvo a la vista. Intercambiaban las propias impresiones y en las casas donde eran hospedadas por la noche, hablaban de la grandeza de Roma. ¿Y de qué otra cosa habrían podido

* De regreso, guardando compostura,
cuando la madre le quitó el recreo,
¡avanza el pie, atrás mirar procura!

hablar a su llegada al monasterio y durante los primeros días?

Pero creemos que Rita, aunque conmovida por las impresiones traídas de Roma, ansiase ardientemente la soledad para mantenerse en recogimiento interior, en íntima unión con Dios, el cual no tardó en favorecerla haciendo que se reabriese la llaga de la frente.

La paciente, nuevo Job, fué pues nuevamente relegada a un cuarto distante, en donde una monja le llevaba lo necesario dejándola luego sola con Dios. Aunque estremecida por el dolor, Rita gozaba horas paradisiacas, pensando que sus tormentos, sufridos con Jesús y por Jesús contribuían —en virtud de la Comunión de los Santos— a encaminar a Dios quién sabe cuántas almas. Algunas veces, escribe Cavallucci, permaneció hasta quince días seguidos sin compañía, absorta en pensamientos sobre el Cielo: pero bien pronto la fama de santidad comenzó a difundirse en Cascia, en los contornos y también en las regiones alejadas y a acudir la gente para encomendarse a sus oraciones, a demandar gracia, y fué entonces cuando se vió que amaba Dios a su fiel sierva.

Una mujer de Cascia recurrió a ella, recomendándole rogar por una de sus hijas gravemente enferma; vuelta a su casa la encontró perfectamente curada. Le fué recomendada una mujer poseída por el demonio; Rita oró y el demonio se vió preci-

sado a dejarla libre. La noticia de esta gracia hizo llegar al convento de Santa Rita a una multitud de personas necesitadas de consejo, de oraciones, de ayuda y ninguno partía de su lado sin quedar profundamente edificado y ayudado.

Había dicho Jesús: Cuando deje la tierra, todos vendrán en pos de mí; y Él hace que cuando un alma se ha entregado, semejante a Él, al sacrificio heroico, la gente acuda a ella por una potente y misteriosa fuerza de atracción. Aquí se ve un jirón del cielo; un potente intermediario entre el hombre y Dios; un reflejo de Dios. Como Jesús —*splendor Patris*— es una imagen visible de Dios invisible, así los Santos son una imagen de las virtudes de Cristo, un espejo que refleja la ley divina.

Enfermedad de Santa Rita

La edad, los dolores, los ayunos y las penitencias, no tardaron en consumir las fuerzas de la piadosa mujer que se vió precisada a permanecer tendida en su pobre y duro lecho. Su debilitado estómago podía tolerar escasísimo alimento; tan poco, que las hermanas que la asistían estaban persuadidas de que tan sólo la Comunión Eucarística la sustentaba.

No es raro encontrar un caso similar en la vida de los Santos: el amor a la Cruz, la unión con Dios por medio de la gracia y de la oración, purifica las almas como el oro en el crisol. Y en tanto quien

vive carnalmente termina por materializar —si esto fuese posible— el espíritu al punto de no saber pensar y querer sino el goce de los sentidos, las almas amantes de Dios terminan espiritualizándose, en cierto sentido, el cuerpo que queda reducido a un débil lazo, suficiente para impedir que el espíritu vuele a Dios.

Setenta años antes que Rita se redujese a extrema debilidad, sostenida casi exclusivamente por la santa Comunión, moría en Siena, Santa Catalina. Tras un heroico acto de caridad hacia una mujer afectada por un horrible cáncer, no vivió más que de la santa Comunión; su estómago no podía soportar ya ningún alimento material. Tal sorprendente estado pareció increíble. Sus padres y sus amigos lo reputaban una tentación y un engaño del espíritu maligno. Su confesor era de la misma opinión, y un día le ordenó comer cualquier cosa; ella obedeció, pero con tan mal resultado que por poco se muere.

El hecho se repite hoy en Teresa Neumann, que desde hace mucho tiempo vive sólo de la Eucaristía; y aun cuando a menudo pierda gran cantidad de sangre por las heridas que se le abren meditando en éxtasis sobre la Pasión de Nuestro Señor, en pocas horas recupera su peso de modo que su vista es un continuo milagro controlado por médicos y personas de indiscutida autoridad y competencia.

La verdadera enfermedad de Rita comenzó a fines de 1453 y duró hasta su muerte, que tuvo lugar tres años después. Fueron para la Santa años de postra-

ción y dolores inefables, pero que terminaron de sublimar el alma y la volvieron semejante a la de Adán inocente; más todavía, a la de Nuestro Señor. Los historiadores nos han transmitido un notable episodio que no queremos dejar pasar porque es de una maravillosa y fiel simplicidad.

En pleno invierno, mientras todo el campo parecía muerto y sepultado bajo una espesa capa de nieve, vino de Rocca Porena una pariente de Rita para saludarla y pasar un rato con ella. Antes de despedirse, preguntó si necesitaba algo. Sí, respondió la enferma, desearía que me trajeses esa magnífica rosa que hay en mi jardín. A estas palabras la visitadora palideció pensando que Rita deliraba, pero, para no entristecerla, le prometió que así lo haría. Y andando el áspero sendero que va a Rocca Porena, pensaba: A Rita ya no le queda mucho tiempo de vida: ha perdido los sentidos: ¿qué, acaso estamos en la estación de las rosas? Mas ¿cuál no fué su estupor cuando, habiendo entrado al jardín de Rita, sobre las hojas encogidas por la helada vió brillar una rosa?

La cogió, volvió a Cascia y llevó el don a la moribunda, que se alegró y dió gracias a Dios por haber sido bueno con ella.

Y sintiendo crecer la fe, dijo a la pariente: Ya que has sido tan cortés en traerme la rosa, desearía que me trajeses ahora esos dos frescos higos que hay en la higuera de mi jardín. Esta vez la mujer no vaciló, y encontró en el jardín de Rita dos higos

bien maduros y se los trajo en cuanto le fué posible.

¿Fué en Rita un capricho? No, por cierto; pero resulta placentero pensar como Dios juguetea con las almas que le son más queridas cuando las ve llegadas a la simplicidad de la infancia.

Y aquí queremos asociar a este episodio el de San Francisco de Asís, el cual, cuando iba a Roma, tomaba alojamiento en casa de la devotísima dama Jacoba de Settesoli, que le preparaba una torta que sabía muy de su agrado. Mientras San Francisco se hallaba en su última hora en una choza cerca de la Porziuncola, llegó de Roma *frate Jacoba*, así la llamaba el Santo, trayendo consigo una túnica nueva que había preparado para él, incienso y cera para su sepultura.

Encontró a Francisco vivo todavía y quiso prepararle la torta preferida. El Santo no podía tomar ningún alimento, pero quiso gustar al menos un pedacito de aquella torta.

Veremos más adelante alguna otra circunstancia característica que aproxima a los dos Santos señalados por Cristo con el signo de los predestinados: las alondras y las abejas; las alondras que alegran los últimos instantes de San Francisco, las abejas que se presentan a la muerte de Santa Rita. Ciertamente es que el inocente varón era el rey de lo creado, al cual todos los animales respetaban y servían.

Cuando el hombre se rebeló contra Dios, las criaturas inferiores se rebelaron contra el hombre. Pero si un alma, dominando los instintos del cuerpo,

alcanza tal grado de santidad de estar perfectamente unida a Dios, también los animales y las cosas inferiores la obedecen como obedecerían a Dios mismo. Y he aquí --para no hablar sino de Rita-- los demonios y la enfermedad obedecer sus órdenes, despuntar la rosa y madurar el higo en la estación más rigurosa e imposible.

Mas Rita es la *Santa de los imposibles*; habría podido aplicar a sí misma las palabras de San Pablo: "Todo lo puedo en Aquél que es mi fuerza".

CAPÍTULO XIX

BEATO TRANSITO DE SANTA RITA Y SU GLORIFICACION

El alma de quien vivió apegado a la tierra, con terror ve avecinarse la muerte que lo arrebatará a los más caros afectos y lo pondrá en presencia del Juez Eterno. No se deja sin dolor lo que se posee con amor. También las almas selectas se estremecen al pensamiento del tribunal de Dios. “Coraje —se decía a sí mismo San Hilarión—; ¿por qué temes, alma mía? Hace setenta años que sirves a Dios, ¿y tienes miedo?”.

El alma de Santa Rita no experimentó estos terrores. Las fuerzas del cuerpo le faltaban por la edad, la enfermedad, los agudos dolores, pero el alma estaba dulcemente absorta en Dios. Él había sido su primer y más intenso amor, así como el único, porque a las criaturas las había amado en Él y por Él; por su amor había sufrido tantos dolores, a Él había sacrificado toda su vida y ahora se aproximaba el momento de ir a Él, de abismarse en el océano de su luz y su amor.



Y Dios quiso darle una muestra de la gloria celestial. Uno de los últimos días de su vida, he aquí que una luz cándida ilumina la pobre celda y comparcen Jesús, acompañado de su Madre Santísima: ambos le sonreían dulcemente. Rita, transportada en éxtasis de felicidad, dijo: "¿Cuándo, oh Jesús, podré poseerte para siempre? ¿Cuándo podré llegarme a tu presencia?" "Vendrás, le respondió Jesús, pero no ahora". "¿Y cuándo?", replicó Rita. "Dentro de tres días estarás conmigo en el Cielo".

En tanto a Rita parecíanle sólo un momento los setenta años vividos y sus innumerables penurias, esos tres días debieron parecerle eternos. Encontrarse en el umbral del Cielo y no poder entrar, sentirse arder por la sed de poseer a Dios, era una pena dulce pero pena al fin. Y podía repetir con el Salmista: "Como el ciervo desea la fuente, así el alma mía te desea, ¡oh Señor! ¿Cuándo podré ver cara a cara a mi Dios?".

Quiso recibir el Santo Viático y la Extremaunción para ser fuerte en emprender la lucha decisiva contra el demonio; estrechaba sobre el pecho el Crucifijo, por ella tan amado en vida y le dirigía ardientes invocaciones y si hablaba un poco, no sabía hablar más que de Él, ya que la lengua dice aquello que dicta el corazón.

Vemos a menudo el Crucifijo entre las manos de un moribundo que nunca lo ha amado ni invocado; ¿qué cosa puede decir Jesús a esta alma? No

por cierto palabras de confortación. Entre las manos de quien ha muerto sin sacramentos o después de haberlos recibido a último momento, cuando no podía comprender la importancia del acto que realizaba, ni dirigir a Dios un acto de fe, de contrición, es cosa que puede ilusionar a los vivos pero no alcanza por cierto a los difuntos.

Era avanzado el mes de mayo; las rosas hacían gala de sus colores, resplandecía el verde manto de las colinas, pero ya Rita no pidió una rosa, porque estaba cortando el último hilo que la ligaba a la tierra.

Y el 22 de mayo de 1457 su noble alma desde este mundo levantaba vuelo hacia el Cielo. En los procesos de Beatificación se lee que algunas personas la vieron salir en la gloria.

Laqueus contritus est et nos liberati sumus. El lazo se ha cortado y el espíritu prisionero ha recuperado la libertad.

Apenas la Santa hubo exhalado su hermosa alma, Dios quiso, con repetidos prodigios, manifestar al mundo a qué cumbres de perfección ella hubo alcanzado. La campana que por angélica mano había dado el anuncio de su partida del mundo hizo, no cabe duda, quedar atónitas a las monjas y a las mujeres agregadas al servicio del monasterio que, dejando toda otra ocupación, acudieron a la pobre celda en la cual antes no entraban sino raramente, y sólo para llevar a la paciente las cosas necesarias, y para asistirle en la última enfermedad.

Pensaban con repugnancia en el hedor de la llaga, pero ¡cuál no sería su asombro, al acudir, cuando aspiraron un perfume paradisiaco que emanaba del cadáver de la cohermana, cuando vieron cicatrizada la herida y percibieron su rostro bello y sonriente! Una de ellas, sor Catalina Mancini, que tenía un brazo paralizado, la quiso abrazar, y eso le valió bien porque la santa la había curado.

Cesado el asombro inicial, las buenas monjas revisitaron el cuerpo de la difunta con el hábito de su Orden y la transportaron a la capilla interna del Monasterio.

Pero el pueblo de Cascia se había apiñado junto a la puerta y quería ver una vez todavía a su querida bienhechora, a la santa por la cual sentía tanta veneración y que, por un divino instinto colectivo estimaba digna de los altares. Por eso fué necesario transportarla a un Oratorio público.

Glorificación

En la medida en que uno se ha humillado es exaltado por Dios y Rita, habiéndose humillado al extremo, no bien expirada, tuvo el comienzo de su exaltación en la tierra. La huella que la muerte deja sobre el rostro de un cadáver causa horror.

El cuerpo de Rita, consumido por la larga y penosísima enfermedad, con esa llaga verminosa en la frente, habría debido provocarlo todavía, pero Dios

no lo permitió. Antes bien, el rostro tomó un aire de dulzura y belleza inefable: de la herida de la frente desaparecieron las materias pútridas, disminuyó, se cicatrizó y volvióse semejante a una esplendorosa gema.

“En el momento en que Rita expiró, escriben los Bolandistas, fué escuchada la campana del monasterio, sin que ninguno la tocase, sonar tres veces, como es lícito creer, por mano angélica; una repentina luz resplandeció en el recinto y por todo el monasterio se esparció la fragancia de un perfume celestial”. Ese perfume, que sólo en aquel instante se sintió en torno al cadáver bendito, fué una compensación que Dios otorgó a su fiel sierva por el hedor que ella había soportado y hecho soportar por tantos años, y una señal de que el alma escogida había entrado ya en la gloria.

El traslado de los mortales restos a la iglesia fué un verdadero triunfo, habiendo participado las autoridades en pleno y un verdadero río de gente. No fué una ceremonia fúnebre sino un cortejo triunfal. Y cuando los fieles pudieron contemplar ese rostro antes pálido, demacrado, repugnante por la llaga en la frente, rejuvenecido como en sus mejores años; puro hasta parecer más vivo que antes; cuando vieron la horrenda llaga trocada casi en un rubí; cuando por el templo se difundió el celestial perfume que había llenado la celda de la Santa, todos se persuadieron que en verdad ella estaba en el Cielo y muy poderosa junto a Dios. Ella, precediendo los

decretos de la Iglesia, fué canonizada por el voto popular.

“Fueron tales y tantas —escribe P. Vannutelli— ⁽¹⁾ las maravillas verificadas tras la muerte de Rita, que las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, decidieron no dar sepultura a su santo cuerpo, tan bien conservado, y que esparcía un aroma suavísimo por toda la iglesia, y quisieron que quedase para pública veneración en lugar apropiado. Entonces se mandó hacer un ataúd de ciprés, no muy alto y sin tapa, después lo revistieron internamente de tela roja que salía a modo de paño mortuario, para tener el cuerpo de la Santa levantado sobre el mismo ataúd. De tal modo fué colocado en el oratorio interno del Monasterio, bajo la mesa de un altar portátil. Allí quedó expuesto a la veneración hasta que fué trasladado a la iglesia en 1595. Y así está representado en la tela que ahora se aprecia en Santa Rita sobre el altar dedicado a la Virgen del Buen Consejo”.

En el pequeño oratorio en el cual la Santa tantas veces había meditado profundamente y contemplado la Pasión de Cristo; delante de la imagen de ese Crucifijo del que había partido la espina que le había perforado la frente, reposaron pues por mucho tiempo los mortales despojos de Rita. Y ese lugar volvióse un verdadero Santuario, al cual acudían las gentes para hablar de ella como si estuviese viva, seguros de que su espíritu desde el Cielo los escu-

(1) *Acolaciones a la Historia.*

chaba; que aquella que había conocido el dolor habría tenido compasión de su enfermedad.

La Santa continúa favoreciendo a las almas que con fe recurren a su poder de intercesión.

No podemos privarnos de narrar un hecho sucedido en 1933 y citado por "L'Osservatore Romano".

Una familia de Ceylán recibe el Bautismo en el Santuario de Santa Rita

Por intercesión de Santa Rita una familia de la isla de Ceylán se ha convertido al Catolicismo.

Hace tres años, la señora Ana de Livera entró en conocimiento de la vida de Santa Rita; súbitamente se apoderó de su corazón un gran deseo de abandonar la secta protestante y abrazar la verdadera fe.

No la apartó de tal propósito el cese del único subsidio que le pasaba el padre para su mantenimiento y para el de dos hijitos y de una hijita adoptiva. Puso a sus hijos en escuelas católicas y ella misma emprendió el estudio de la verdadera fe.

Es conmovedora la carta enviada a la Superiora de las Agustinas de Cascia anunciando su propósito de ser bautizada en el Santuario de Santa Rita.

"Querida Madre: soy una pobre mujer con dos hijitos, una mujer y un varón, a más de una huérfana adoptiva. Fuimos educados en la iglesia anglicana. Desde hace años sufríamos amargas e innarrables penas. Pero Dios tuvo misericordia de

nosotros y nos mandó a Santa Rita para salvar nuestras almas. Por mucho tiempo carecí de dinero, de amigos, de casa; solamente Dios cuidó de nosotros. Santa Rita nos acordó una gracia tras otra. Me ha conseguido ahora el dinero con que poder llegarme a Cascia y abjurar mis antiguos votos para ser bautizada, confirmada y para comulgar en la casa que ella habitó. No cuento con mucho, pero con lo suficiente para satisfacer mi vivo anhelo. Desde pequeña había querido viajar a Inglaterra, pero después que conocí a Santa Rita, mi único y ardiente deseo es ir a Cascia, a la casa donde vivió la Santa; deseo caminar por donde ella caminó; en la casa donde ella se arrodillaba para orar deseo hincarme con mis hijos, en adoración del Rey de los Reyes en unión con Santa Rita; deseo ver la cámara donde está el Altar y dormir donde ella durmió, y si esto no es posible, deseo permanecer orando noche y día. Mi esperanza y mi ruego son ahora de servir a Dios en el convento de Cascia, donde Santa Rita lo sirvió durante 40 años. Por amor de Santa Rita, ¿querríais tener piedad de nosotros? ¿Y dejarnos venir a mí, a mis hijos y a la huerfanita? Ardientemente deseaos amar, servir y obedecer a Dios, como hizo en muchos años de su vida Santa Rita . . .”.

¡Ningún comentario a estas simples cuanto sublimes palabras! . . . En efecto, tras 25 días de viaje, la familia indiana ha venido a Cascia, donde ha dado los últimos retoques a su ya larga preparación para el solemne acto del pasaje de las tinieblas a la

luz. Ha coadyuvado a estos últimos preparativos el Padre Luis Campelli, Agustino, y rector del Santuario de Santa Rita.

Y en el recogimiento de la iglesia de Santa Rita, en el altar que guarda el fragante cuerpo de la Santa, han cumplido el acto solemne de la conversión. Su Excelencia Monseñor Peroni, expresamente venido de Norcia, ha recibido la abjuración del protestantismo, los ha bautizado bajo condición, ha suministrado su Confirmación, después ha oficiado la Misa impartiendo a los nuevos católicos la Comunión. Con apropiadas palabras ha explicado el significado de la ceremonia y ha invitado a todos a dar las más sentidas gracias a Dios Omnipotente que por medio de sus Santos obró tan resonante prodigio. Para feliz coronación y complemento del júbilo de sus dichosos corazones, es impartida la bendición del Santo Padre a los predilectos de Santa Rita.

Las abejas de Santa Rita

No podemos callar aquí un fenómeno que apareció tras la muerte de la Santa y que dura todavía.

¿Recordáis que alrededor de la cuna de Rita pequeña apareció un enjambre de abejas blancas? Las abejas reaparecen tras su muerte, pero son negras. Son un poco más grandes que las abejas comunes, llevan sobre el lomo como un terciopelo de un rojo

oscuro y no tienen aguijón ni cuernos. Tardi, de quien tomamos esta noticia, agrega que ellas son raras por su antigüedad, ya que no siendo prolíficas, se remontan al tiempo de la Santa. Raras por su costumbre, ya que estando encerradas cerca de once meses al año, anticipan o retardan su salida, según que se anticipe o demore la semana de la Pasión, y se retiran siempre tras la octava de la fiesta de la Santa. Raras finalmente por la estabilidad de su residencia, porque generalmente las otras abejas enjambran fácilmente cambiando de morada, éstas en cambio a través de tantos siglos no se han alejado del añoso muro del antiguo monasterio.

Al contrario, se refiere al respecto que una de esas abejas fué expedida en una vasija de cristal al Pontífice Urbano VIII que estaba ansioso por verla. Poniéndole un fino hilo de seda alrededor del cuerpo, el Pontífice la dejó en libertad, y ella desde Roma volvió a su sitio en el Monasterio de Cascia.

TERCERA PARTE

El Culto

CAPÍTULO XX

EL CULTO

Ya vimos como se tuvo a Rita en concepto de Santa, especialmente en los últimos años de su vida. Retirada del mundo como sus cohermanas, debía permanecer apartada también de ellas a causa de la horrible llaga que tenía en la frente, señalada con el sello de su Dios Crucificado, su único amor, su única esperanza.

Pero el pueblo cristiano, más que en el hedor de su llaga reparaba en el suave aroma de su virtud, y cuando su noble alma, purificada y sublimada por el dolor, fué en busca del abrazo de Dios; cuando su cuerpo martirizado y deshecho por el dolor y la larga enfermedad, apareció rejuvenecido; cuando la espantosa llaga de la frente trocóse en ardiente rubí; cuando en lugar del olor cadavérico, de los inanimados restos emanó un perfume paradisiaco, ninguna fuerza humana pudo detener el torrente de fieles que acudieron a venerarla.

Santa Rita, por singular privilegio, *no fué sepultada*, y hasta ahora no se ha cumplido para ella la sentencia que alcanza a todos los hijos de Adán: Polvo serás y al polvo volverás.

Hemos dicho más arriba que los restos mortales de Santa Rita fueron colocados en un ataúd de ciprés y depositado bajo el altar del oratorio del monasterio; ese ataúd se incendió pocos años después —tal vez por una candela encendida que le cayera encima— quedando milagrosamente salvos los despojos de la Santa ⁽¹⁾. El sarcófago es de madera de álamo, revestido de nogal. Lo ejecutó un ebanista de Cascia, Cesco Barbari, devoto de la Santa, y sanado por su intercesión de grave enfermedad. ⁽²⁾ Las pinturas se atribuyen a Antonio de Norcia. En el frente se hallan las desdibujadas figuras de la Magdalena, del Cristo muerto y de Rita en hábito de monja agustina, con la llaga sobre la frente y la espina alzada en la mano derecha.

En la tapa está de nuevo la figura de Santa Rita, en medio cuerpo, como en muchos sepulcros mar-

⁽¹⁾ "Diré a este respecto lo que por numerosas personas me fué dicho cuando en mi juventud, pobre e indigno pecador, fuí a visitar aquel santo cuerpo; y es que, comunicándose el fuego a aquellos ornamentos de algodón y de papeles, en donde por devoción venía adornada la capilla, donde se conserva el sacro cuerpo, ardió la caja con todo lo que contenía, en tanto el cuerpo quedó entre las cenizas del incendio, intacto como se ve al presente". (P. DE GHETTIS - 1628).

⁽²⁾ Se sabe que interrogado acerca del trabajo, respondió: "Si estuviese sano lo haría con mucho gusto". Y cuando dijo esto, curó de la parálisis que le impedía hacer uso del brazo y se puso al trabajo con sumo entusiasmo.





móreos de la época, sobre un cojín de tela floreada, como tal vez se aprecia en los funerales; está junto a una larga inscripción en verso que alude a su vida, a su llaga, a su muerte ⁽³⁾. Las manos reposan unidas en su regazo, tiene los pies descalzos, en la frente resplandece la llaga a guisa de engarzada gema. Dentro del sarcófago hay pintada una figurita desnuda (de la cintura para arriba) para expresar según la vieja iconografía, el alma de Rita llevada al Cielo sobre un albo lienzo por dos ángeles.

· Oh virtuosa beata de firmeza
Tendiendo hacia la cruz e iluminada,
donde tu larga pena tanto pesa
al dejar la mundana encrucijada.
Para sanar tu alma muy llagada
en aquella pasión que nunca cesa
tanto mérito hiciste, poco visto,
que a ti entre todas, santa bienamada,
una espina sagrada te dió Cristo.
Jamás mejor tesoro el mundo entero
brindó por gracia, no por obra impía,
pues te la dió el Señor a quien te diste
entera, toda entera, aunque tú pura
con quince años que tu frente ardía
dudabas siempre de ganar la altura.

Alude al amor que Santa Rita tuvo por la cruz; a su entrada a la religión; al don de la espina que llevó durante 15 años, no creyendo estar aun perfectamente purificada para entrar al Cielo.

(3) Esta inscripción, cuando se hizo en el año 1626 el reconocimiento del sacro cuerpo para el proceso de Beatificación, estaba ilegible. Pero en 1745 el pintor José Conanti, encargado de decorar la capilla donde la Santa estaba muerta, y que debía custodiar el viejo sarcófago, la completó bastante fidedignamente. La ofrecemos aquí en la versión que encontramos en Vannutelli, aceptada por él como la más probable:

Rita fué, pues, canonizada por el pueblo antes de haber sido honrada por la Iglesia; el Obispo de Spoleto, según el uso de la época, comenzado en los tiempos apostólicos y prolongado más o menos hasta el Papa Urbano VIII, permitió que a Rita se le rindiese culto público y privado, y la devoción por la Santa de los imposibles no tardó en difundirse y en tomar vastas proporciones.

Dios mismo puso cuidado en ratificar este culto con los estupendos milagros que obró a intercesión de la Santa.

Señalaremos algunos.

Había dicho más arriba que el cuerpo de Rita *no fué sepultado* y que hasta ahora no conoce la corrupción. Y se puede apreciar que no está como el de otros Santos, apergaminado cual momia y obscurecido; sino que es como el cuerpo de persona apenas muerta; al contrario, después de muerta, desapareció el aspecto pálido y cadavérico que tenía en los últimos tiempos de su enfermedad.

En el reconocimiento de los restos mortales, hecho en ocasión de la Beatificación, es decir casi doscientos años después de muerta, los delegados expidieron la siguiente declaración, que aquí damos traducida del latín:

“Dentro del ataúd está el cuerpo de la susodicha Sierva de Dios, vestida con el hábito monacal de

la Orden de San Agustín, que aparece tan íntegro como si la Sierva de Dios hubiese muerto poco ha, viéndose la carne blanca, en ninguna parte consumida, y la frente, los ojos con los párpados, la nariz, la boca, el mentón y toda la cara tan bien dispuesta como de persona muerta ese día. Del mismo modo se ven las manos de dicha Sierva de Dios, blancas e intactas al punto que se pueden ver y contar perfectamente los dedos con las uñas como los tienen los cuerpos de las personas apenas muertas. Igualmente se ven los pies”.

Hoy día un cadáver que por siglos se conserva incorrupto sin que le sean extraídas las vísceras y sin preparados balsámicos es cosa que la ciencia, a pesar de todos sus sonados progresos, no ha podido explicar hasta ahora.

Y menos aún podrá explicar cómo la llaga de la frente haya podido cicatrizarse, e instantáneamente, tras la muerte, mientras naturalmente debía ocurrir lo contrario.

También el suave perfume que mana de cuando en cuando, de los benditos restos inanimados, no es un hecho corriente, en tanto personas serias y dignas de la máxima estima, repetidas veces en el transcurso de siglos, han podido no sólo observarlo, sino también cerciorarse de que no provenía de alguna mistificación. (4)

(4) En fecha 22 de agosto de 1932, la Superiora del Monasterio de Santa Rita en Cascia escribía al autor de estas páginas: “El cuerpo de Santa Rita se conserva incorrupto y esta querida Santa participa efectivamente

Pero lo que creemos —aquello que nos deja sin palabras— la más maravillosa particularidad del cuerpo de Santa Rita, es ésta: que, de cuando en cuando, en diversas formas, se mueve. Lo atestiguan las actas auténticas de la Beatificación y Canonización y repetidos e indudables testimonios desde antes de 1626 hasta 1893, sin contar los más recientes recogidos para su Canonización, hecha por el Papa León XIII en 1900. Testigos dignos de fe juraron haber visto a la Santa abrir los ojos, volver la cabeza hacia la gente, elevarse hasta la tapa del ataúd y girar con todo el cuerpo moviendo también pies y manos.

Estos movimientos fueron observados especialmente en las sacras visitas hechas por los Obispos o por los Superiores de la Orden: alguna vez al oficiarse Misa o en ocasión de públicas calamidades. Es notable, entre otros, el hecho de que la Santa abrió los ojos el 16 de julio de 1628, para sofocar un tumulto, mientras la ciudad de Cascia y la de Roma celebraban la fiesta de su beatificación. El regular proceso de este hecho se conserva en el archivo arzobispal de Spoleto.

Los hechos citados son un continuo milagro con que Dios se complace en glorificar a su fiel Sierva.

de lo milagroso, especialmente en el suave perfume que cada tanto tiene a bien hacerse sentir y que es confirmado en su Canonización (1900). Que haya efectuado movimientos, lo hemos comprobado". El prodigioso olor fué luego propuesto y aceptado como uno de los milagros de la Canonización.

La Religión Católica ciertamente no tiene necesidad de estos hechos inexplicables a los ojos de la ciencia para demostrar su origen divino; ellos son de fe humana, pero para negarlos haría falta destruir la historia, la cual narra los hechos humanamente verificados. Mas como para referirlos se requiere pruebas ciertas —las que en nuestro caso existen— así, para negarlos, no basta decir: son imposibles, porque precisamente eso, si no es posible a los hombres, ¡sí lo es a Dios! Lo que hace falta son pruebas físicamente ciertas, no sutiles cavilaciones.

Pero prosigamos con nuestro relato: porque quien se ha metido en la cabeza de no creer en aquello que no le gusta termina por dudar hasta de la propia existencia; a tal punto ha llegado la humana razón, que rechaza soberbiamente la luz de la revelación divina.

Las gracias concedidas por Dios a intercesión de Santa Rita son innumerables y, se puede decir, continuas. Relataremos por ahora una sola narrada por los Bolandistas.

En Cascia había muerto un niño de once años, de nombre Biagio di Antonio Massei. La madre del niño, tomándolo entre los brazos lo llevó ante la Beata Rita y el niño resucitó.

Así Dios glorificaba a su fiel Sierva.

La Iglesia, tras minuciosas indagaciones y un atento examen de los hechos milagrosos, aprobó solem-

nemente, según la norma prescripta por el Papa Urbano VIII, el culto que se rendía a la Santa y concedió la Misa en honor suyo.

Su vida fué narrada repetidas veces por autores italianos, españoles y belgas y su devoción se difundió en corto tiempo en el viejo y en el nuevo mundo. ⁽⁵⁾

(⁵) Vannutelli recuerda el nombre de 25 escritores que narran la vida de nuestra Santa, hasta la de Tardius, impresa en Foligno en 1805. Pero otras se escribieron después, hasta la que con lozano estilo publicó años ha Monseñor Nediani.

CAPÍTULO XXI

DIFUSION DEL CULTO DE LA SANTA

El nombre de los impíos que han hecho mucha bulla en este mundo, así como es borrado del libro de la vida en el Cielo, así en la tierra se desvanece como el sonido. Pero quien vivió sólo para Dios y busca la humildad del retiro, lo mismo que el santo que en vida era conocido de pocos y desamparado y perdido entre la multitud, apenas ha levantado vuelo hacia el Cielo, Dios piensa en glorificarlo en la tierra; manteniendo su gran promesa: Quien se humilla será exaltado.

La vida de nuestra Santa había sido de las más humildes y recatadas; vivida en una aldehuela acurrucada sobre los montes, luego encerrada entre los celosos muros de un monasterio; relegada en una alejada celda, fuera de la unión hasta de sus cohermanas, ¿quién podía afanarse por ella?

No obstante, apenas expirada, refulgió de gloria

y su nombre, atravesando montes y mares, se difundió poco a poco sobre la tierra.

Su culto, comenzado inmediatamente después de su muerte, brilló con nuevo esplendor cuando el Papa Urbano VIII aprobó la Misa correspondiente y alcanzó su apogeo con la Canonización hecha, como decíamos anteriormente, en el año 1900.

Después de Italia, España y Portugal la conocieron y difundieron la devoción en el suelo patrio y en sus numerosas colonias: la América latina y las Filipinas; su nombre fué dado a nuevas y prósperas regiones entre los emigrados; y últimamente también en los Estados Unidos de Norteamérica muchas iglesias fueron erigidas en su honor.

Pero lo que nos urge destacar, es el impulso de caridad cristiana que Santa Rita —tan amante de los pobres— suscitó en almas generosas, en España y en estos últimos años también en Italia, que fué siempre tan rica en instituciones de caridad.

Poco después de la canonización de Santa Rita, esto es, en 1901, el padre Salvador Font, agustino, instituyó la Sociedad de las *Obreras de Caridad de Santa Rita*, compuesta de señoras también de la alta aristocracia, las cuales recolectaron fondos y prepararon con sus manos prendas para los pobres. Esta pía Sociedad, pasada a Francia y a Italia, se inspira en los ejemplos de Santa Rita, quien, si fué pobre en bienes de fortuna, fué rica de corazón y de virtud, hasta privarse casi de lo indispensable para socorrer la indigencia de los demás. Otras San-

tas fueron también grandes benefactoras, pero se percibe que el ejemplo de Santa Rita impresiona más profundamente porque su beneficencia no podía separarse del sacrificio que, unido a esos agudos dolores que siempre experimentó en cuerpo y alma, la vuelven digna de especial consideración.

Las mujeres que militan en la Acción Católica tienen especial deber de imitar a nuestra Santa en ese ramo del apostolado que se denomina acción social: socorrer, estar atentas a las necesidades, hallar honesta colocación a las jóvenes criadas, vigilarlas, aconsejarlas, ayudarlas en toda forma. La cuestión social que desde hace muchos años preocupa a los pueblos y a todos desconcierta, no se resuelve con la violenta lucha de clases sino retomando el espíritu del Evangelio, que es espíritu de fe, de justicia y de caridad. Las mujeres que practican el Evangelio, deben aplicarse, como Rita, a extinguir la hoguera del odio, a propagar los principios cristianos con la obra, con el ejemplo constante y paciente en su familia y en su parroquia. Y si para realizar todo eso se topan en su camino con obstáculos y sinsabores, piensen en Santa Rita, mediten en el Crucifijo. Sólo en Él hay esperanzas de paz y salvación.

CAPÍTULO XXII

PRACTICAS AGRADABLES Y PIADOSAS

(Conclusión)

La vida de Santa Rita

Santa Rita no sobrevive solamente en las obras de caridad; la devoción hacia ella se manifiesta también en el culto que se tiene por su memoria. Hemos hablado de la vida milagrosamente brotada, en virtud de heroica y perseverante obediencia, de un árido tronco que ella regó por largo tiempo.

La Superiora del Monasterio de Santa Rita nos escribió con fecha 21 de noviembre de 1932: "La prodigiosa vid de Santa Rita se mantiene robusta en el patio de este Monasterio, aportando cada año dulcísima uva. Dicha vid no ha sido renovada, mas es el mismo tronco que siendo tronco seco, germinó milagrosamente tras haber sido regado durante un

año por Santa Rita, en prueba de obediencia. El polvo medicinal se saca de las hojas secas y se dispensa a los enfermos". Así Dios se complace en glorificar a aquella que se le asemejó en dolores, en paciencia y en caridad, comunicando hasta a las mismas hojas de la prodigiosa vid una virtud sobrenatural.

Las rosas de Santa Rita

Recordais, asimismo, la rosa que la Santa se hizo traer en pleno invierno de su jardín de Rocca Porena. Esa planta fué desarraigada y llevada al Monasterio de Cascia; se plantó en medio de un césped magnífico, se conserva aún y hasta las hojas de sus rosas se distribuyen como preciosa reliquia.

El 22 de mayo, quien se encontrase en Cascia en la iglesia llamada en un tiempo Santa María Magdalena y ahora Santa Rita, asistiría a un bello espectáculo. Todos concurren a la iglesia llevando en la mano ramilletes de rosas de diversos colores que el sacerdote bendice solemnemente. Esas rosas son llevadas a los enfermos en sus casas y en los hospitales y atraviesan también los océanos, obteniendo de Dios, por intercesión de la Santa, inesperadas curaciones.

Conclusiones

Fué esto un trabajo de diligentes investigaciones para proporcionar datos exactos sin hojarasca y declamaciones, sin ese lenguaje retórico, propio del panegírico y que sin embargo una vida tan singular habría podido merecer. Pero esperamos que al igual que nosotros, leyendo y escribiendo hemos aprendido no sólo a conocer, sino también a amar, a venerar, a invocar la suave, dulce, humilde y excelsa Criatura tan predilecta del Señor, quien esto leído —dado que este libro tenga lectores— aprenderá a conocerla y a invocarla.

¡Cuántas son aquí abajo las miserias para las cuales no vemos remedio! ¡Cuántos los momentos de desconsuelo y tal vez de desesperación! Santa Rita nos enseña a esperar contra toda esperanza en ese Dios que todo lo puede y que nos hizo las más generosas promesas. No es la mano del Señor la que tiene poco alcance sino nuestra fe; nos preocupamos más —y a veces exclusivamente— de las cosas de esta vida, que sin embargo tiene término, olvidando los derechos de Dios y los intereses de nuestra alma, que es imperecedera; buscamos, rezando, de inclinar a Dios a que haga nuestra voluntad y no ponemos cuidado luego en cumplir la suya. No olvidemos la sentencia del Divino Maestro, que ponemos aquí como conclusión de nuestro pobre trabajo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y el resto os será dado sobreabundantemente.*

El camino que conduce a la eterna gloria y felicidad es penoso porque exige el sacrificio de sí por amor de Aquél que ha dado, mejor dicho, se ha dado por completo a nosotros; pero el ejemplo de los Santos demuestra que el hecho es posible, si a la gracia de Dios, que jamás falta a quien sinceramente la busca y devotamente la solicita, se agrega de nuestra parte la buena voluntad. Las almas que han llegado a conocer que la esencia de la perfección cristiana es la caridad, y que prueba de la caridad es el ejecutar con la mayor perfección posible las divinas leyes conforme a los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo, han buscado y amado el recogimiento y el propio sacrificio. "Ama el vivir desconocido, dice el libro de la Imitación de Cristo, y el ser considerado como insignificante". Han comprendido la fuerza de las divinas palabras: "Quien quiera venir en pos de mí, que reniegue de sí mismo, cargue su cruz y me siga".

El puro y perfecto amor no pone especial cuidado en el premio prometido y el castigo amenazado; sirve a Dios porque Él merece todo nuestro amor; sin embargo creemos —y es humano pensarlo— que también los Santos, o al menos la mayor parte de ellos, no han perdido de vista el propio ser y la aspiración a la perfecta felicidad que consiste en la visión beatífica, y nos han demostrado también un implícito deseo de ver triunfar la justicia. Tenemos una prueba en el libro del Apocalipsis, en el cual el Apóstol Juan describe los Santos Mártires

que invocan la justicia por su sangre injustamente derramada.

La justicia debe hacerla y la hará a su tiempo Jesucristo, nombrado por el Divino Padre, juez de los vivos y de los muertos. Será entonces el triunfo de Dios, de Jesucristo y de los Santos que vivieron para Él, y la extrema confusión de los malvados, de los rebeldes, de los vividores, de los obstinados pecadores.

En el día solemne y grandemente penoso del Juicio, dice el Espíritu Santo (*Libro de la Sabiduría*, capítulo V) los justos con gran constancia estarán delante de aquellos que los afligieron y que los despojaron.

Y esos, frente a tal hecho, serán agitados por horrendo temor, y de la inesperada y repentina salvación de aquellos quedarán estupefactos. Y movidos por el arrepentimiento y suspirando afanosamente, dirán para sus adentros: "Estos son los que una vez considerábamos como objeto de escarnio y de desprecio.

"En cambio nosotros, insensatos, creemos necesidad su vida e indecorosos sus objetivos. Y he aquí como ellos son contados entre los hijos de Dios y son tenidos entre los Santos. Por consiguiente, nosotros hemos extraviado el camino de la verdad y no brilla para nosotros la luz de la justicia, y no asomó para nosotros el sol de la inteligencia. Nos fatigamos en una vida de iniquidad y perdición,

frecuentamos lugares desastrosos y no conocemos el camino del Señor. ¿Para qué nos sirvió la soberbia? ¿Y qué provecho obtuvimos con la ostentación de las riquezas?

“Todas aquellas cosas se disiparon como sombras y como un viento pasajero. O como una nave que atraviesa las agitadas olas, de cuyo paso no pueden encontrarse huellas cuando ya ha pasado, en el surco abierto por la quilla en las aguas; o como pájaro que revolotease por los aires, el cual no deja rastro de sus movimientos sino sólo el batir de alas con las cuales corta el aire ligero y agita el ambiente por donde pasa, y luego vuelve a batir las alas y se vuela sin dejar tras de sí ninguna señal de su recorrida. O como proyectada flecha que, sea cual fuere la fuerza con que se arroja al blanco destinado, el aire hendido súbitamente vuelve a juntarse como si no acusara su paso. De este modo, nacidos apenas, pronto dejamos de existir y ningún signo de virtud podemos mostrar y nos consumimos en nuestra propia maldad”.

Así razonan en el infierno aquellos que pecaron.

“Porque la esperanza del impío es como un copo de lana llevado por el viento; y como la leve espuma es disipada por la tempestad; y como el humo que es dispersado por el viento, y como el recuerdo de un forastero que pasa no dura más que un día.

“Pero los justos vivirán eternamente y su recompensa está en manos del Señor y de ellos cuida el Altísimo. Por este motivo ellos obtendrán un ilustre

reino y una bella diadema del Señor, porque Él los proveerá y con su diestra y con su brazo santo los defenderá”.

La vida presente debemos considerarla como un viaje hacia la eternidad, la desventura y los dolores como medio de expiación para nuestros pecados, de purificación del alma que se afina en el dolor como el oro se purga en el crisol, de reparación para las ofensas que Dios, tan buen padre, recibe de tantos hijos desagradecidos; de medios principalísimos para volvernos semejantes a Jesús Crucificado; Dios retendrá por elegidos en el Cielo a aquellos que halle conformes a la imagen de su divino Hijo.

Si no contemplamos de este modo con los ojos de la fe los acontecimientos de este mundo, ellos nos parecerán un nudo inextricable; los misteriosos caminos de la Providencia nos parecerán paradojas y contradicciones y correremos el peligro de perder no solo la paz del corazón sino también la fe, el más grande, el más necesario de los tesoros dados a nosotros por Dios, como que es la raíz de nuestra santificación.

Apéndice

APENDICE

RECONOCIMIENTO DEL CUERPO DE SANTA RITA

En el nombre de Dios. Amén. En día sábado 16 de mayo de 1682 en la iglesia denominada antiguamente Santa María Magdalena, hoy sin embargo llamada de la Beata Rita, nosotros suscriptos de la tierra de Cascia, diócesis de Spoleto, por medio de nuestro juramento . . . en mi presencia, Notario y Canciller Forense episcopal de la tierra de Cascia, damos plena e indudable fe . . . por la verdad, y no de otro modo, etc., como al presente se encuentra el beato cuerpo de la Beata Rita entero, incorrupto, con carnes blancas y sin ninguna mancha de corrupción, con los ojos abiertos, y especialmente el izquierdo que se ve más abierto que el derecho, y con las pestañas separadas, y con la boca un tanto abierta, en la cual se ven y se distinguen perfectamente los blancos dientes, las manos igualmente

blancas... Del mismo modo son observados por nosotros infrascriptos y reconocidas las vestimentas y los velos que lleva en la cabeza, que son los mismos que ella llevó en vida, y con ellos fué el beato cuerpo tras la muerte metido y arreglado en el mismo ataúd donde al presente se encuentra; como por antigua tradición, continuada por las monjas de ese monasterio, las cuales vestimentas y velos se han hallado intactos y no apolillados, ni gastados por el tiempo, apareciendo esas vestimentas, como los velos, tal como si los llevase persona viva.

Igualmente atestiguamos como más arriba, haber sentido muchas veces una fragancia maravillosa y del Paraíso, sin poder precisar qué clase de olor sea, y a veces se ha sentido esto fuera de la Iglesia. Y es tanto más maravilloso este olor, cuanto que su cuerpo no fué embalsamado, ni abierto, sino depositado en el féretro donde se encuentra con todas sus vísceras sin separar del cuerpo.

Del mismo modo damos buena fe como arriba, haber observado que muchas veces su cuerpo se ha levantado del sitio donde ordinariamente yace hasta el extremo de la rejilla, que está sobre el féretro, donde reposa ese beato cuerpo, y especialmente esto sucede en ocasión de su fiesta y cuando ha obrado algún milagro, como sucedió en el año 1628 la primera vez que fué celebrada la fiesta de su beatificación, del que apareció fe auténtica el 13 de junio de 1660 en escritura notarial por el señor José Benenati, natural de Montefalco con la legalidad de esta gente,

y todo esto decimos y atestiguamos por la verdad . . .
no sólo . . . sino de todo otro modo.

Yo Carlos Giudici, Vice Gobernador de Cascia
estuve presente y rubrico de puño y letra cuanto
antecede.

Yo Rafael Cittadini, Arcipreste de la Colegiata,
íd., íd.

Yo Dionisio Panfili, Vicario Foráneo de Cascia,
íd., íd.

Yo Hortensio Martini, Canónico de la Colegiata,
íd., íd.

Yo Antonio Frenfranelli, Canónico, íd.

Yo Querubín Berardi, Capitán de la Compañía
de Coraceros, íd.

Yo Angel Graziani, Capitán de la Infantería de
Cascia, íd.

Yo Alejo Martini, Notario público de Cascia, íd.

Yo Juan Graziani, de Cascia, íd.

Yo Juan Bautista Leonetti, de Cascia, íd.

In Dei nomine. Amén. Anno Domini 1682 in-
dictione quinta, die vero 28 mensis maii, Pontifica-
tus Innocentii divina providentia.

SUPLICA A SANTA RITA DE CASCIA

*para celebrar el Triduo, la Novena o el
Mes en su honor*

I.

Señor, Dios Omnipotente, que a la gloriosa Rita te dignaste infundir tanta gracia, hasta llegar a amar a los propios enemigos y llevar en el corazón y en la frente los signos de vuestra propia caridad y pasión, concedednos, os rogamos, por su mérito e intercesión, de perdonar a nuestros enemigos y contemplar los sufrimientos de vuestra Pasión, de modo de obtener las recompensas prometidas a los que se humillan y a aquellos que lloran.

Pater, Ave, Gloria.

II.

Oh gloriosa Santa Rita, cuya admirable santidad fué anunciada desde la cuna con prodigiosos acontecimientos; y que desde los más tiernos años, con una vida piadosa en el seno familiar, despreciásteis la va-

nidad del mundo para conseguir el sumo bien; haced que también nosotros, renunciando al mundo, al demonio y a la carne, alcancemos esa gloria a la cual nos guía la fe y nos estimula la esperanza, y donde reina soberana la caridad.

Pater, Ave, Gloria.

III.

Oh gloriosa Santa Rita, ejemplar perfecto de toda virtud doméstica, Vos que fuísteis recibida por Jesús y María, los cuales os invitaron al Paraíso; y que partida de esta tierra sois glorificada por Dios hasta en el cuerpo, todavía incorrupto y fragante, y que redimida ahora de gloria en el Cielo, merecísteis que Dios obrase con vos los más grandes milagros, seguidnos que también nosotros, imitando vuestras virtudes, nos mantengamos libres de la corrupción de los vicios, llevando, como quiere el Apóstol, una vida sobria, justa y piadosa: "Sobria, justa y piadosamente vivamos en este siglo". (2 Tim.).

Pater, Ave, Gloria.

IV.

¡Acordaos de nosotros, oh gloriosísima Santa Rita! Vos a quien el Señor confirió tanta gracia, que os

tornasteis en la protectora de todo estado, enseñando a la juventud con vuestra piadosa vida, a acoger en el corazón de Aquel que *apacienta entre los lirios* ⁽¹⁾; a los discípulos que *en el temor a Dios reside la verdadera sabiduría* ⁽²⁾; a los esposos que *los cuidados del alma son los únicos necesarios* ⁽³⁾; a las madres que la educación de la prole se cumple *en la disciplina y temor a Dios* ⁽⁴⁾; a las viudas a elevar sus rezos a Aquel que *es juez defensor de las viudas* ⁽⁵⁾; a las almas consagradas a Dios, a unirse cada vez más a la santidad, al Esposo Crucificado; Vos que sois proclamada por la piedad de los fieles la *Santa de los Imposibles y Abogada de las causas desesperadas*, por vuestros méritos y los de María Santísima Auxiliadora del pueblo cristiano, presentadme a Jesús y obtenedme de Él cuanto deseo y a Vos ardientemente imploro (se nombra o determina la gracia) y yo en compensación amaré cada vez más a Dios y al prójimo. Si, oh querida Santa, escuchadme y bendecidme.

Salve Regina

Cor Iesu Sacratissimum, miserere nobis.

Auxilium Christianorum, ora pro nobis.

Omnes sancti et sanctæ Dei, intercedite pro nobis.

(1) Cantares.

(2) Proverbios, 9, 10.

(3) Lucas, 2, 6; 10, 40.

(4) Ef., 6, 4.

(5) Salm. 6, 7-8.

SUPLICA A SANTA RITA DE CASCIA

Henos, oh poderosa Patrona y Abogada, henos a vuestros pies, recurrimos a vuestra amorosa y útil asistencia. Ved, oh ved qué numerosas son las aflicciones que nos circundan, ¡cuán graves los peligros que nos amenazan! ¡Qué sensibles las desgracias que nos embargan! Llenos de fe a Vos nos dirigimos. Rogamos humildemente que querrais interceder a nuestro favor ante el trono de Dios; a vos, oh Abogada nuestra gloriosísima, se dirigen nuestras plegarias; a vos nuestras lágrimas y nuestros suspiros. Ah no, no desdeñéis encargarnos de nuestra causa ante el Dios de la Misericordia y de toda consolación. Decidle una palabra sobre nosotros, decidle que no nos trate como merecen nuestros pecados sino como corresponde a un corazón infinitamente caritativo y desgarrado por crueles lanzas por nosotros. Decid a ese corazón infinitamente amante que se compadezca de nuestras miserias y aflicciones, que tenga piedad de nosotros, que nos libre de las desgracias que más nos amenazan. Hacedlo por aquel título, por el que todos los fieles os reconocen como especial patrona en los casos difíciles, en los cuales nada puede esperarse de los recursos humanos, hacedlo por aquel

amor que llevásteis al Apasionado Señor, habiendo merecido por eso ser llagada en la frente con una espina que la atravesó; hacedlo por aquella excelsa gloria que gozais en la afortunada eterna felicidad de los Santos y en la completa posesión de vuestro Esposo celestial que tanto amasteis sobre esta tierra.

Tres Ave.



HIMNO POPULAR A SANTA RITA

Venid ya, doncellas castas,
Acudid, castas esposas,
y volcad lirios y rosas
en el fresco y santo altar.
Una dulce voz nos llena
el corazón de armonía:
Dad flores a Rita pía
y la flor del corazón.
Flores, sí, y a manos llenas
que ya está de amor postrada,
con una espina clavada,
junto al Señor que la hirió:
“¡Mi tesoro bienamado! . . .”
“¡Paloma y esposa mía!”
¡Dad flores a Rita pía
y la flor del corazón!
En las penas y dolores
es dulzura y es consuelo,
y guía segura al Cielo
donde es grato reposar.
Cuando el alma vuelve a ella
se recobra la alegría:
dad flores a Rita pía
y la flor del corazón.
Abogada de dolientes
y de tristes esperanza,
el dolor no los alcanza
si Rita vuelca su amor.
Ella da a los corazones
preces de santa energía:
¡dad flores a Rita pía
y la flor del corazón!

Indice

Prólogo

Página 5

Primera Parte — Vida Seglar

Cascia — Carácter del siglo de Santa Rita	Pág. 11
Nacimiento de Santa Rita	« 19
Educación	« 30
El matrimonio de Santa Rita	« 38
El cordero vence al lobo	« 46
Breves sonrisas y lágrimas nuevas	« 53
Hacia el nido deseado	« 67

Segunda Parte — En la casa de Dios

Rita en el claustro	« 77
Noviciado y profesión	« 82
Caridad hacia el prójimo	« 87
La regla de San Agustín	« 90
Vida claustral	« 94
El sello de Cristo	« 101
La profesión religiosa y la mística escala . .	« 110
El jubileo de Nicolás	« 116
Viajes y documentos espirituales	« 122
En Roma	« 125

Hacia la consumación de la víctima	« 131
Beato tránsito de Santa Rita y su glorificación	« 138

Tercera parte — El culto

El culto	« 153
Difusión del culto de la santa	« 163
Prácticas agradables y piadosas	« 166

Apéndice

Reconocimiento del cuerpo de Sta. Rita . .	« 175
Súplica a Sta. Rita de Cascia para celebrar su triduo novenia o mes	« 179
Súplica a Santa Rita de Cascia	« 182
Himno popular a Santa Rita	« 184

*Este libro se terminó de imprimir
el 15 de Septiembre de 1954*



La vida presente debemos considerarla como un viaje hacia la eternidad, la desventura y los dolores como medio de expiación para nuestros pecados, de purificación del alma que se afina en el dolor como el oro se purga en el crisol, de reparación para las ofensas que Dios, tan buen padre, recibe de tantos hijos desagradecidos; de medios principales para volvernos semejantes a Jesús Crucificado; Dios retendrá por elegidos en el Cielo a aquellos que hallen conformes a la imagen de su divino Hijo.

